

ECONOMÍA DE LA MESETA PRERROMANA

The Economy of the Pre-Roman Meseta

ÁNGEL ESPARZA ARROYO
Universidad de Salamanca

BIBLID [0213-2052 (1999) 17, 87-123]

RESUMEN: Se ofrece un estado de la cuestión acerca de la economía de la Edad del Hierro de la Meseta, esbozándose una caracterización de las actividades económicas —tanto de las agropecuarias y extractivas como de las diversas artesanías— de las que hay indicadores arqueológicos en los yacimientos del área, así como la presentación de algunos trabajos en los que, bajo la influencia de la Antropología Económica, se ha iniciado la introducción de los enfoques de la Economía Política.

Palabras Clave: Edad del Hierro. Actividades económicas. Economía política.

ABSTRACT: The paper offers a state of art concerning the economy of the spanish "Meseta" in the Iron Age by presenting both an outline of the economic (farming, stockbreeding and extractive as well as craft) activities of which there are archaeological indicators in the sites of the area, and an account of some works which, under the influence of the Economic Anthropology, have begun to introduce approaches characteristic of Political Economy.

Key Words: Iron Age. Economic activities. Political Economy.

Debo comenzar haciendo una precisión relativa al contenido de mi intervención, que se titula *Economía de la meseta prerromana* y no *de los pueblos prerromanos del área no ibérica*, como rezaba el título de la contribución del Prof.

Blázquez¹ a la Reunión que aquí conmemoramos. La limitación geográfica procede en buena parte de la práctica imposibilidad de reunir en una síntesis todas las áreas no ibéricas de la Península, cuyo volumen de información exigiría más bien una yuxtaposición de las correspondientes síntesis de distintas zonas; en cuanto a los pueblos, no se han escamoteado, sino que han sido aparcados hasta que el problema pueda ser considerado sobre bases más firmes: en este momento está en pleno apogeo la discusión sobre la paleoetnología peninsular, y a pesar de los avances experimentados, especialmente en el valle del Ebro y zona oriental de la Meseta, la identificación de yacimientos y áreas arqueológicas con los denominados pueblos prerromanos sigue presentando importantes dificultades. He querido sortear en esta ocasión los complejos problemas del reconocimiento de tales pueblos prerromanos... o mejor dicho, de la atribución de un contenido étnico a unas entidades arqueológicas que todavía necesitan, en buena parte de los casos, de una definición rigurosa. A título de ejemplo —y aunque parezca que quiero aprovechar que el Tormes pasa por Salamanca— puede servir el yacimiento arqueológico de la plena Edad del Hierro existente bajo nuestros pies e identificable con la *Helmantika/Salmantica* de las fuentes clásicas. La información paleoeconómica obtenida, ¿a quienes se aplicará, a los vettones o los vacceos? La documentación arqueológica ofrece notable resistencia a la interpretación histórica, pero sobre todo a la utilización de categorías sobre cuya pertinencia se han expresado reservas bien conocidas de todos, señaladamente las de Pereira². Diré muy rápidamente que tomar como punto de partida indiscutible el “reconocimiento” de los pueblos prerromanos lleva con frecuencia a dar por supuesta la existencia de tales pueblos como realidades compactas que deben ser descubiertas en los vestigios arqueológicos de la segunda mitad del primer milenio antes de Cristo, por lo menos³... Y eso no es fácil de aceptar para quienes nos sentimos más inclinados a considerar que la etnicidad es, como dice Barth⁴, un constructo

1. BLÁZQUEZ 1968.

2. PEREIRA MENAUT 1993.

3. Si en algún momento SACRISTÁN (1994: nota 1) y BURILLO (1993: 236) postularon que la identidad vaccea estaría ya constituida en la primera Edad del Hierro, DOMÍNGUEZ MONEDERO (1986-87: 476-477), llegó a afirmar que la cultura vaccea surge desde el momento en el que los pastores de la Meseta Occidental portadores de una cultura material de tipo Cogotas I deciden (...) convertirse en sedentarios y desarrollar un sistema económico mixto, de forma que los habitantes de Soto I deben considerarse ya vacceos, perfectamente constituidos. Una posición mucho más matizada es la de SANZ MÍNGUEZ (1998: 505-512) al defender la existencia de un área cultural específicamente vaccea sobre la base de ciertas peculiaridades en el habitat, las cerámicas a mano y a torno, la orfebrería, etc. Sin negar la validez de esta argumentación debemos señalar que todavía hoy parece prematuro el establecimiento de estas áreas específicas, que debería ser el resultado de la confrontación de los datos de toda la zona meseteña, que hoy se ve imposibilitada por la información, absolutamente desigual, disponible acerca de los otros presuntos ámbitos —el astur, el arévaco, el turmogo— a distinguir del vacceo. Sobre esta compleja problemática, *vid.* también SACRISTÁN 1997.

4. BARTH 1969/1976.

situacional, no estático; o, por decirlo en un lenguaje más familiar para nosotros, es algo elástico, mutable en relación con una trayectoria histórica concreta.

En esta consideración general de “la Meseta”⁵ en la que voy a reducir al mínimo las alusiones a pueblos o etnias, no trataré de hacer una puesta al día del mencionado trabajo del profesor Blázquez, sino que, reservando para la publicación de las Actas de las Jornadas la acumulación de citas bibliográficas concretas, iré más bien entremezclando una presentación de ciertos avances producidos y un señalamiento de los múltiples problemas pendientes. Desde luego, la investigación arqueológica actual está en condiciones no tanto de ofrecer una prematura síntesis como de abrir múltiples frentes de análisis.

Atendiendo al carácter de estas Jornadas, voy a entrar en materia haciendo ya una distinción conceptual imprescindible acerca de lo que entendemos por economía. Al plantearnos el estudio de las actividades económicas de un periodo como el que nos ocupa, podemos adoptar dos enfoques: uno que podríamos llamar descriptivo, que consistiría en analizar sucesivamente los distintos aspectos de la economía, y que casi inevitablemente nos conduce a una visión sectorial, tripartita, prácticamente coincidente con lo que hoy llamamos sectores primario, secundario y terciario. Este enfoque es casi obligado, al menos en un primer momento de la investigación, en el que todavía nos hallamos, necesitados de acumular datos acerca de los productos agrícolas que se obtenían, del tipo de rebaños que se pastoreaban, de los minerales que se extraían, etc.⁶

Cabe, sin embargo, otro tipo de acercamiento, el de la Economía Política, que se entroncaría con concepciones enraizadas en el siglo XIX, pero sobre todo, con un enfoque de la Antropología Económica denominado *sustantivista*, encabezada por Polany y Dalton, que está cobrando gran fuerza en las investigaciones prehistóricas a partir de los años 80. Ello se debe a su postulado fundamental: en las sociedades pre-

5. Resulta difícil aislar la “Meseta”, puesto que, lejos de constituir una unidad cultural, encontramos en ella los vestigios de diversas culturas que generalmente la desbordan ampliamente. La zona del borde noroccidental, es decir las tierras más occidentales de León y una parte de Zamora, parecen vinculadas a lo que se ha denominado Cultura Castreña del NW, constituyendo la “Asturia Interior” (FERNÁNDEZ-POSSE y SÁNCHEZ-PALENCIA 1992); la zona sur de Zamora, y buena parte de Salamanca y Ávila, que se consideran habitualmente territorio vettón, se prolongan por la penillanura cacereña, donde contamos con alguna síntesis bien reciente (ORTIZ ROMERO y RODRÍGUEZ DÍAZ 1998; para la economía, *vid* MARTÍN BRAVO 1991); en el caso de la submeseta sur, parece más relacionado con la del otro lado del Sistema Central la zona denominada carpetana (VALIENTE CÁNOVAS 1987; BLASCO 1992: 294; BLASCO y ALONSO 1986-87; FUENTES DOMÍNGUEZ 1984), pero se han publicado muy pocos yacimientos claros (BLASCO y ALONSO 1985; en cambio, como ejemplo de la dificultad de utilización de los materiales, *vid*. ALFARO y MARTÍN 1996); y desde luego, es muy fuerte la relación entre las zonas de Soria, Guadalajara y parte de Cuenca. En general, las zonas del Alto Henares, Alto Tajo y Alto Jalón se vinculan a la Celtiberia (BURILLO 1998), lo que hace también difícil separarlas de una amplia zona del valle del Ebro (para la economía, BURILLO 1997: 238-240; LORRIO, 1997, cap. VIII), siendo especialmente llamativo el parentesco de muchos materiales de yacimientos vasconavarros del alto Ebro con los del centro de la cuenca del Duero.

6. *Vid.* por ejemplo PÉREZ CASAS 1988; RUIZ GÁLVEZ 1991. Para la zona aragonesa más relacionada con la Meseta *vid.* BURILLO 1997:238-240.

capitalistas no pueden aplicarse categorías típicas de la economía de mercado, como son la oferta y la demanda, y que en ellas no había una esfera económica “separada” de la sociedad. La economía es entendida como el conjunto de formas y estructuras sociales de producción, circulación y distribución. El intercambio, en especial, no constituye una actividad específicamente económica, sino que pertenece al ámbito de las relaciones sociales y políticas. Se habla por ello de una economía *embedded*, incrustada en instituciones, económicas y no económicas. Como luego se verá, en los últimos años se asiste a la introducción de planteamientos de este tipo, todavía no muy numerosos, pero sí sugestivos⁷.

I. CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LA ECONOMÍA

De forma general, se podría caracterizar la base económica como agropecuaria —o, mejor, agro-forestal⁸—, con presumibles variaciones en la importancia de unos u otros capítulos en relación con las peculiaridades ecológicas y de los recursos locales. En el caso concreto del centro de la Cuenca del Duero, se ha hablado repetidamente de una economía basada en la agricultura colectivista, con cultivos extensivos de secano. Pero, además de las críticas de SALINAS (1989) al pretendido régimen comunal, consignamos la reciente propuesta de SAN MIGUEL MATÉ (1995: 378-380), quien sostiene que las bases económicas del mundo vacceo fueron agricultura (que debió de incluir el riego por pie en las zonas de vega) y ganadería ovina especializada, junto a artesanía y comercio, no necesariamente a gran escala.

A) *Los aprovechamientos agrícolas y forestales*

Lentamente se va disponiendo de una cierta información arqueológica al respecto, pudiéndose citar, como botón de muestra el yacimiento molinés de El Turmielo (ARENAS, 1998: 573), donde a partir de datos polínicos y algunos restos de cebada, se infiere la existencia de una agricultura cerealista ya desde el Celtibérico Antiguo. La información es todavía muy dispersa (*vid.* LORRIO 1997:295-297 para la Celtiberia), por lo que vamos a referirnos al estudio de conjunto, aunque no exento de problemas de representatividad, realizado en la Cuenca Media del Duero (DELIBES, ROMERO y MORALES 1995).

Este trabajo, por su amplitud, permite cuando menos esbozar una síntesis (CUBERO, 1995; MARISCAL *et al.* 1995; DELIBES *et al.* 1995b: 570-574). A partir de una

7. Como introducción a estos problemas, *vid.* GODELIER 1974/1976. De todas formas, y como contrapeso a interpretaciones ingenuas, no está de más recordar el estado de la cuestión en el ámbito de la Historia Antigua, donde nació esta polémica, y que puede verse sintetizado en MOLINA VIDAL 1997: 45-62.

8. En el preciso sentido que recoge DÍAZ DEL RÍO (1995: 106), la estrategia agroforestal es el “uso de la tierra en donde las plantas leñosas (árboles y matorrales) crecen deliberadamente en la misma unidad de suelo con cultivos agrícolas y/o animales, y donde existen simultáneamente interacciones ecológicas y económicas entre los diferentes componentes”

nutrida serie de muestras, especialmente paleocarpológicas, extraídas en yacimientos vallisoletanos, se ha inferido la existencia de una agricultura cerealista de secano, especialmente triguera. La escasez de estudios similares, la discutible representatividad de las muestras, y la falta de conservación de un instrumental de madera que pudo haber existido además del de hierro⁹, hacen difícil precisar cuáles fueron las labores y sistemas de cultivo empleados. De igual forma, es todavía imposible precisar cual era el peso específico de la agricultura en el conjunto de las actividades económicas.

Los datos indican la importancia del trigo, del que se conocen tres variantes — trigo común, escanda y esprilla—, aunque también se sembraban cebada, avena y hasta mijo. Faltan en cambio la pruebas de cultivos de regadío.

Según se desprende de las semillas halladas en un granero de Padilla de Duero, se almacenaba el grano de una especie (trigo), lo que parece indicar, además, que se sembraba una sola especie por campo¹⁰. Esto vendría a oponerse a la suposición bastante extendida de que estas poblaciones prehistóricas realizaban una mezcla de semillas de distintos tipos para intentar reducir el riesgo de pérdida de la cosecha, confirmando en cambio lo señalado por los agrónomos, que se inclinan más bien por una diversificación de la siembra en campos separados. Si se pudieran generalizar las observaciones realizadas en trabajos experimentales de especialistas británicos, la existencia de ciertas malezas en nuestros yacimientos indicaría que la siembra se realizaba en otoño-invierno. La siega parece haberse realizado exclusivamente con hoz, ya que no se ha documentado hasta el momento ninguna guadaña. En cuanto a los procedimientos de separación del grano, hay que reseñar la presencia de restos de espigas, espiguillas, etc., que podría interpretarse en el sentido de una limpieza poco esmerada del cereal o incluso de un estadio anterior al aventado o al trillado de la cosecha.

Tampoco se dispone de información acerca del tamaño y ubicación de los campos, aunque la escasez de cereal en las muestras polínicas tal vez está indicando una cierta distancia y dispersión, un paisaje en el que se entremezclarían los campos de cultivo, árboles y matorrales.

El grano parece haber sido ensilado, a juzgar por las estructuras del Cerro del Castillo de Montealegre (HEREDERO 1995: 263-264; CUBERO 1995: 383) o de Padilla de Duero (SANZ MÍNGUEZ y ESCUDERO, 1995: 284; CUBERO 1995: 379 y 385), que vendrían a

9. Bien conocidos desde antiguo por formar parte de los ajuares funerarios son los instrumentos de hierro relacionables con la agricultura, destacando el controvertible conjunto de útiles de hierro, que incluye azadas y una reja de arado, de una tumba excavada por el Marqués de Cerralbo en Turmiel (Guadalajara) y que se ha interpretado como sepultura de labrador (BARRIL 1992). Esta autora ha realizado también un estudio de conjunto sobre el utillaje de hierro de los yacimientos sorianos (IDEM 1993), en el que algunos elementos son interpretados en relación con diversas faenas agrícolas (preparación y siembra, recolección, acarreo y mantenimiento).

10. En una muestra procedente de un receptáculo hundido en el pavimento de una cabaña celtibérica del Cerro del Castillo de Montealegre de Campos, Carmen Cubero halló, revueltas con el trigo, algunas semillas de avena y cebada, pero parece tratarse, más que de una siembra mezclada, de una contaminación de los campos en el que crecía el trigo.

unirse a los silos hallados en Cuéllar, aéreo en un caso y subterráneo en otro (BARRIO, 1993: 207-209), y tal vez en Fuente el Saz de Jarama (BLASCO y ALONSO 1986-87), siendo especialmente conocido el conjunto del castro de La Coronilla de Chera (Guadalajara), correspondientes a la última fase de ocupación (CERDEÑO y GARCÍA HUERTA 1992; CERDEÑO *et al.* 1995: 175).

Puede mencionarse también la recolección de frutos silvestres, como bellotas, avellanas y piñones. Respecto a la bellota —sobre cuya importancia tanto se ha discutido en el ámbito del Noroeste—, ha empezado a documentarse en las zonas del centro de la cuenca, siéndole atribuido un papel complementario en la dieta humana, sin descartar su aplicación a la alimentación del ganado porcino. Por cierto, una nueva técnica analítica, aplicada a los restos humanos incinerados en la necrópolis por fin descubierta en Numancia, parece revelar en la dieta una contribución más importante de las bellotas que la de la carne (JIMENO *et al.* 1996).

Por último, podemos anotar que, como cabía esperar, se dio un uso racional de la madera: las muestras antracológicas (UZQUIANO 1995) señalan el empleo en la construcción de aquellas maderas más convenientes (pino silvestre, quejigo y enebro), y otro tanto sucede con la leña usada en los hogares y en los hornos. Este uso racional nos autoriza a suponer similares empleos de los recursos forestales en otras zonas meseteñas todavía mal conocidas.

No es sorprendente que uno de los ámbitos de renovación sea el del estudio de los recursos disponibles, en el que se refleja la influencia en España de la Escuela Paleoeconómica de Cambridge. No se ha puesto en práctica el verdadero análisis del área de captación (*site catchment analysis*), sin duda por lo limitado de las excavaciones realizadas; en cambio, ha ido progresando, aunque lentamente, el empleo de una técnica alternativa como es el análisis de los denominados territorios de explotación, esto es, una aproximación basada en razonables suposiciones acerca de los recursos disponibles en una área convencionalmente establecida torno a los yacimientos¹¹. Las primeras aplicaciones se dieron en trabajos académicos (BARRIO, 1990; SAN MIGUEL, 1990) de los que sólo hay publicación parcial —BARRIO (1993) lo aplicó a los yacimientos segovianos de la Edad del Hierro, y SAN MIGUEL (1989 y 1993) a los vallisoletanos— y han ido extendiéndose a otros rincones, como el soriano (CORRAL CAÑÓN, 1986-87; PASCUAL DíEZ, 1990), las zonas de Guadalajara (CORRAL CAÑÓN, 1986-87; GARCÍA HUERTA, 1989), de Ávila-Salamanca y Tajo Medio (ÁLVAREZ-SANCHÍS, 1990: 216-218; 1993: 263; 1999: 117-124) o la cuenca media del Duero (SACRISTÁN *et al.* 1995). La mayor parte de estos trabajos hacen una estimación aproximada de la cantidad de superficie apta para el cultivo, para pastos, etc., a partir de la cual se efectúan con-

11. En la práctica totalidad de los casos se recurre a los más tradicionales territorios circulares. En cambio, en su análisis de un territorio inmediato y relacionado con el nuestro, el valle del Cidacos, GARCÍA HERAS y LÓPEZ CORRAL (1995) utilizan los "territorios de 10, 30 y 60 minutos", resultantes de la corrección topográfica. Y en su estudio del Castro de Las Cogotas, también recurre a las áreas isócronas ALONSO HERNÁNDEZ (1995). En ambos trabajos las clasificaciones de terrenos utilizadas se basan en el Mapas de Cultivos y Aprovechamientos, de utilización más discutible que el de Clases Agrológicas.

trastes entre yacimientos coetáneos (PASCUAL DÍEZ 1992; CORRAL CAÑÓN 1987; RUIZ ZAPATERO 1995) y también ensayos diacrónicos, que permiten, por ejemplo, a JIMENO y ARLEGUI (1995) en su análisis del poblamiento de la zona del alto Duero, advertir cómo cambia el tipo de suelos preferido: de la Primera a la Segunda Edad del Hierro, y sobre todo en los últimos momentos de ésta, se observa un claro aumento en la ubicación de poblados en suelos susceptibles de laboreo intensivo, y el paralelo declive en la localización en zonas dedicadas a pastizales, bosque, etc.

En estos trabajos no se ha realizado hasta el momento un tratamiento estadístico de conjunto de los datos, que sería precisamente el punto fuerte de este tipo de aproximación, por lo demás controvertida. La situación mejorará sin duda con la aplicación de los Sistemas de Información Geográfica, al facilitar el manejo de grandes masas de información y utilizar sistemáticamente el mismo tipo de mediciones (tipos de terreno, pendientes, distancias al agua, etc.) para conjuntos muy extensos contribuyendo así a la detección de pautas diferenciadas por épocas, como ha comenzado a advertirse en el poblamiento del Bronce Final y el Primer Hierro de la zona de Madrid (RECUERO *et al.* 1994; BAENA *et al.* 1995; BLASCO y BAENA 1997a). Sin embargo, los trabajos de este tipo que actualmente realizamos en el área de Zamora revelan también dificultades, relacionadas en parte con la precisión de la cartografía digital y sobre todo con la propia existencia o no de esta cartografía.

En cualquier caso, y como botón de muestra de la validez de estos enfoques que algunos críticos tildan de especulativos, puede reseñarse el caso concreto del Cerro del Castillo de Montealegre: el análisis del territorio de explotación (SAN MIGUEL 1989: 98; 1993: 50, fig. 12) arrojaba sólo un 20% de terrenos de las clases IV a VIII, esto es, un 80% de terreno apto para el laboreo sistemático, que permitía suponer una importante orientación agrícola del poblado: Las excavaciones realizadas posteriormente en el poblado han permitido documentar, a pesar de su reducida extensión, un depósito de semillas de cereal junto a una estructura de almacenamiento (HEREDERO 1993; 1995). Además, el análisis de las distintas muestras paleobotánicas obtenidas indica que el clima y la vegetación del entorno inmediato diferían poco de los actuales, lo que vendría a convalidar un empleo prudente de estos análisis de recursos potenciales.

Por referirse a una región marginal de la Meseta —una *banda de indefinición*, se ha dicho—, pero también por su originalidad, hacemos mención aparte del trabajo realizado en la comarca de La Cabrera por FERNÁNDEZ-POSSE y SÁNCHEZ-PALENCIA (1988): teniendo en cuenta las especiales condiciones de la zona han realizado una evaluación del potencial agrario a través del actual terrazgo permanente (zonas de vega y algo de secano), determinado a partir de fotointerpretación. Sus estimaciones de los Territorios de Explotación Agrícola de los distintos castros les han permitido observar cómo se eligieron los tramos de los ríos con mayor disponibilidad de tierra cultivable, y también como se modificará el patrón de asentamiento en época romana, con una reducción del potencial agrícola y menor superficie habitable en los yacimientos, debido a la importancia de nuevos factores de localización como los minerales y porque frente a un modo de vida prácticamente autosuficiente, se da en los

poblados de esa época una especialización funcional, habiendo yacimientos complementarios (mineros/agrícolas).

Extendiendo esta metodología a zonas inmediatas, los investigadores del Proyecto de Las Médulas han avanzado, en el marco de sus trabajos sobre la minería y la ocupación romana de la zona del NW de la Meseta, hacia una Arqueología del Paisaje, que pretende superar los riesgos, especialmente el reduccionismo, de los enfoques tradicionales del análisis espacial (ÁLVAREZ GONZÁLEZ 1993; FERNÁNDEZ-POSSE *et al.* 1994; OREJAS 1995 y 1996; FERNÁNDEZ-POSSE *et al.* 1994).

B) *El aprovechamiento de la fauna*

Una vez más habría que comenzar señalando la necesidad de efectuar un contraste entre los diversos tipos de fuentes disponibles, destacando en este sentido un estudio reciente de los testimonios literarios, epigráficos y arqueológicos relativos al caballo entre los pueblos prerromanos (SÁNCHEZ MORENO 1995-96). Pero, aun en el caso de limitarnos a las fuentes arqueológicas, debería procederse también a un contraste más riguroso entre los datos procedentes de los contextos habitacional y funerario y, en general, entre todo tipo de datos arqueológicos. Recordemos en este sentido la importancia de cierto tipo de representaciones animalísticas, como las gallináceas, golondrinas, peces, etc. que vemos no sólo en las cerámicas numantinas, sino en vasos del Soto de Medinilla, Roa, Coca, etc. Estos temas zoomorfos testimonian sin duda la existencia de los correspondientes animales, pero ¿cuál fue su verdadera importancia económica? En el mismo sentido, parece claro que el papel desempeñado por el caballo, el verraco o el toro podría sobrevalorarse si, deslumbrados por su reiterada aparición en la decoración de fibulas, armas u otros objetos, se olvidase que estamos en el dominio simbólico, del que, en cambio, están casi ausentes los ovicápridos. Por cierto, debe reseñarse, respecto a las gallinas, que tales animales, cuyos huesos sólo se han encontrado en el Soto de Medinilla (MORALES y LIESAU 1995:497), aparecen con cierta importancia entre las ofrendas funerarias de Padilla (BELLVER 1995: 524-525; SANZ MÍNGUEZ 1998: 483-485).

El desembarco de los especialistas en Arqueozoología ha deparado novedades interesantes, aunque la información sea todavía muy fragmentaria, y sobre ella pende siempre el problema de las condiciones de muestreo¹², Para una zona muy concreta del oriente de la Meseta, se ha señalado la mayor importancia de ovicápridos sobre bóvidos y suidos, y la poca cuantía de caballo y asno en el periodo Celtibérico Pleno (ARENAS 1998: 575-576); en cambio, en un análisis correspondiente al castro del Teso

12. Se ha publicado ya una cierta cantidad de información sobre la fauna de muy diversos yacimientos, por ejemplo de castros como Ubierna (CASTAÑOS 1989) y La Coronilla (*vid.* MOLERO 1992; MOLERO *et al.* 1992; SÁNCHEZ y CERDEÑO 1992); necrópolis como Sigüenza (SÁNCHEZ *et al.* 1993); diversas zonas de la *Rauda vaccea* (SACRISTÁN 1986, apéndices 1 a 3), etc., recogiendo también esta desigual información en los trabajos de conjunto de GARCÍA HUERTA (1989: y 921-22), LORRIO (1997:297-301), ARENAS 1998, apéndices I y II; SANZ MÍNGUEZ 1998: 483-486.

de San Vicente, en la capital salmantina, los datos correspondientes al comienzo de la celtiberización del poblado parecen indicar que en su economía aumenta la importancia de la caza de ciervos, perdiéndola en cambio el ganado porcino (MACARRO 1999)

Si nos fijamos en los análisis realizados en el centro de la cuenca del Duero (MORALES y LIESAU 1995; DELIBES *et al.* 1995b), los más importantes, por la gran cantidad de restos analizados, unos 24000, y por cubrir un ámbito homogéneo, podríamos resumir —sin entrar en los notabilísimos aspectos paleoambientales y centrándonos en los económicos— glosando el claro predominio del ganado vacuno, explotado especialmente por su carne aunque también para leche o tiro, como se infiere del estudio de los patrones de mortandad, presencia de deformaciones, etc.; seguido por los ovicaprinos. La disminución de ovicápridos con respecto al Hierro I podría explicarse por fenómenos de trashumancia, pero quizás mejor por un distinto aprovechamiento de estos animales, por ejemplo, por su leche, lana y abono. La importancia del cerdo es pequeña, con matanzas de individuos jóvenes. Los équidos tienen una presencia bastante moderada, destacando la presencia del asno, que había sido ya detectada en La Hoya y en Roa, vinculándose su aparición a influencias meridionales. La caza, especialmente de ciervos, y de algunos jabalíes y liebres, debió de desempeñar un importante papel complementario. Por último, la detección de restos de aves y moluscos, apenas testimonial, nos ilustra acerca de otros aprovechamientos. Llama la atención la no recogida de resto alguno de peces en las muestras de la Segunda Edad del Hierro, cuando sí aparecen en las de la Primera¹³. Es cierto que ello podría deberse a las condiciones de conservación y de recuperación, pero tampoco hay que descartar que se relacione con la fuerte intervención en el medio natural que supuso la cultura del Soto, que podría haberse traducido en un enlodamiento de las aguas fluviales.

Acerca de las posibilidades del aprovechamiento ganadero, hay que recordar las consideraciones de CALONGE (1995) acerca de la similitud climática con el tiempo actual, pero también de la mayor presencia de humedales que permitiría —junto a ciertos procesos adaptativos— el sostenimiento de una importante cabaña ganadera, tal vez en régimen de semilibertad, al no haberse detectado las deformidades y osteopatías propias del ganado estabulado (DELIBES *et al.* 1995c: 575).

Debemos reconocer, sin embargo, que sobre aprovechamientos ganaderos hay una “cuestión estrella”, la de la trashumancia, que ha atraído la atención de numerosos investigadores. Es verdad que algunos mantienen una posición algo diferente, y han preferido recurrir, mejor que a la trashumancia, a la llamada trasterminancia, es decir, un desplazamiento vertical (valle-montaña) de corto radio de acción. Esta interpretación —sostenida, por ejemplo por GARCÍA HUERTA (1989:865), ARENAS ESTEBAN

13. De nuevo habría que referirse al contraste entre el registro iconográfico y el registro fósil, que sería aún más espectacular en el caso de los suidos.

(1998: 577) para las castros de la zonas oriental de la Meseta, y por ÁLVAREZ-SANCHÍS¹⁴— resulta, sin embargo excepcional en un contexto dominado por los partidarios de desplazamientos a larga distancia.

La posible existencia de una trashumancia prehistórica y antigua en la península ibérica es una de las cuestiones que en los últimos años están en el candelero. Los trabajos de algunos investigadores británicos proponiendo que tal actividad fue practicada ya en momentos tempranos de la Prehistoria Reciente¹⁵ abrieron una discusión que no ha terminado de cerrarse, siendo especialmente interesante en el caso de una cultura arqueológica como la de Cogotas I, cuyas cerámicas parecían presentar una distribución explicable en relación con una red de cañadas¹⁶, y también en el de las estelas del Suroeste, datables en el Bronce Final, interpretadas como hitos de las rutas de la trashumancia y el comercio de objetos suntuarios (RUIZ-GÁLVEZ y GALÁN 1991)¹⁷.

Los historiadores son generalmente críticos con esta posibilidad de una trashumancia prehistórica, argumentando que ésta sería imposible en unas condiciones de fragmentación política, conflictividad generalizada, etc. Ello no ha impedido que incluso para el ámbito que ahora nos interesa, se haya barajado también la hipótesis de la trashumancia, lo que lleva a FERNÁNDEZ-POSSE (1998: 195) a considerarla como una “tentación permanente de la arqueología meseteña”. Y así, en el III Symposium sobre Celtíberos, ALMAGRO-GORBEA (1995), por ejemplo, infiere la existencia de prácticas de este tipo en las serranías de Albarracín y Cuenca a partir de informaciones etnográficas; y GARCÍA HERAS y LÓPEZ CORRAL (1995: 335) la proponen también para el valle del Cidacos, utilizando en este caso las técnicas de la arqueología espacial.

Desde el terreno de la Historia Antigua se han realizado también contribuciones importantes. Citemos en primer lugar, aunque se refiera ya a la época romana, los trabajos de GÓMEZ-PANTOJA (1995a; 1995b), quien estudiando la emigración de uxamen-ses y clunienses, concede que podían haberse visto atraídos por la minería del oro, pero la importante presencia de gentes de esas procedencias en Capara, Segovia o

14. Menos explícitamente lo apuntaba ya este autor (1990: 224) cuando al analizar los verracos los consideraba como marcadores territoriales que simbolizarían el control social de pastos de aprovechamiento exclusivamente invernal. En sus trabajos posteriores (1998; 1999:287-294) y en otro en colaboración con y Ruiz Zapatero (e.p.) han elaborado una interpretación más refinada acerca del papel de control de unos espacios sociales, a partir de la probable posición originaria de algunos verracos, cuya ubicación respondería a la necesidad de visualizar determinados terrenos de pasto.

15. *vid.*, por ejemplo, DAVIDSON 1980.

16. La interpretación de la denominada proyección de la cultura de Cogotas I hacia las regiones periféricas de la Meseta en clave de trashumancia ha sido discutida y rechazada por ABARQUERO (1997: 1117-1138), quien postula en cambio explicaciones de índole económico-social como las que se mencionarán en el apartado de la Economía Política.

17. Poco después de este trabajo, apareció otro más desarrollado y ya no comprometido con la trashumancia (GALÁN 1993). Tras descartar la localización de las estelas en relación con recursos específicos (pastizales, tierras cultivables, fuentes, veneros), y dada su razonable relación con zonas de paso, se sostiene que se trata de marcadores territoriales y viales, elementos de referencia para poblaciones móviles, en el contexto de un complejo proceso de intercambio entre sociedades.

Segobriga, hace pensar en una explicación alternativa, la pastoría de gran trashumancia, que hoy por hoy no está probada, apuntando la necesidad de explorar su validez recurriendo a trabajos de índole zooarqueológica, así como la reinterpretación de las fuentes literarias e incluso a una consideración de las llamadas téseras de hospitalidad. Más interesante para nosotros, por referirse sobre todo al siglo II a.C., es el trabajo de SALINAS DE FRÍAS (1997). Arranca este autor de los mapas de las campañas de Viriato, del de las cañadas de la Mesta y del mapa de distribución de las *tesserae* y *tabulae hospitalitas*, y llega a proponer una interrelación entre estos tres fenómenos: los pactos de hospitalidad habrían facilitado los desplazamientos de ganados por una red de caminos que, en tiempos de guerra, fueron usados para los desplazamientos bélicos.

Hace muy poco tiempo han visto la luz dos trabajos de síntesis. En el primero de ellos, SÁNCHEZ-CORRIENDO (1997) recoge lo esencial de la discusión: quienes se oponen a la existencia de una verdadera trashumancia anterior a la medieval han hecho hincapié en la falta de un marco político que asegurase la paz; por el contrario, este autor sostiene en primer lugar que la supuesta conflictividad reinante en tiempos protohistóricos tendría que haber afectado a otras actividades como el comercio a larga distancia de minerales y otros productos que parecen haberse producido sin interrupción; en segundo lugar, la existencia de una institución sociopolítica como el *hospitium* podría haber facilitado el aprovechamiento de los terrenos de pasto. Por su parte, SÁNCHEZ MORENO (1998), en la revisión más completa hasta la fecha, recoge los argumentos literarios, epigráficos y arqueológicos, concluyendo que en tiempos protohistóricos no pudo haber nada comparable a la trashumancia mesteña, pero sí una intensa circulación ganadera que debe entenderse en el seno de la interacción, ya fuese pacífica (intercambio, regalo, etc) o violenta (robo, botín, etc), entre distintas sociedades prerromanas.

Todos estos interesantes trabajos de prehistoriadores e historiadores de la antigüedad que coinciden en la postura revisionista —la trashumancia prerromana no es imposible— tropiezan con la dificultad de hallar elementos probatorios. En este sentido, debemos destacar los esfuerzos realizados por algunos investigadores buscando distintas vías de solución:

a) Algunos utilizan el análisis de los recursos disponibles en torno a los yacimientos. Por ejemplo, en el citado trabajo de GARCÍA HERAS y LÓPEZ DEL CORRAL se evalúan los tipos de terreno circundante a los poblados del valle del Cidacos, y como hay un contraste entre aquellos cuya localización parece relacionable con pastizales y otros que se ubican en medio de terrenos cultivables, llegan a apuntar el aprovechamiento de los primeros mediante desplazamientos estacionales de ganado. Esta línea de investigación, en absoluto despreciable, tiene entre otros inconvenientes, el señalado por BURILLO (1995b: 528): si utilizamos el criterio de las clases agrológicas, todos los suelos aptos para el cultivo lo serían también para pastizales.

b) Otros investigadores se han volcado en las propias cañadas. Así, SIERRA y SAN MIGUEL (1995) sostienen la hipótesis de que el trazado de las cañadas medievales estaba esencialmente prefigurado en las vías de época vaccea —y aun anterior— y que un importante número de asentamientos vacceos, establecidos en las inmediaciones de cañadas y en medio de territorios de vocación pastoril, están directamente relacionados con tales vías. En este trabajo se ha utilizado una cartografía de detalle, con cuidadosas mediciones de distancias, lo que no elimina el problema, ya viejo en la investigación arqueológica, de la relación entre elementos “próximos”: ¿que significa el que la media de distancia entre poblados y cañadas sea de 0,56 km? La indiscutible cercanía de un poblado de la segunda Edad del Hierro a una cañada medieval, no constituye una prueba que la cañada existiese ya en esa época; o, dicho con más precisión aún —como hace BURILLO (1995b: 528)—, el hecho de que caminos de época vaccea se conviertan posteriormente en cañadas, no puede garantizar que ya en aquella época tuviesen la misma funcionalidad.

c) La aplicación arqueológica de los sofisticados Sistemas de Información Geográfica no elimina la incertidumbre a la hora de la interpretación: en el castro madrileño del Pontón de la Oliva (BLASCO *et al.* 1995; BLASCO y BAENA 1997b), por ejemplo, se muestra la ubicación en terrenos de pastos, cerca de pasos de montaña utilizados secularmente e incluso la inmediatez de dos vías romanas y de dos tramos de cañadas. Tomando el caso aisladamente, cae bajo la misma crítica antes apuntada; sin embargo, esta metodología puede contribuir, dada la utilización de grandes conjuntos de datos, a dar más solidez a ese tipo de hipótesis, si se detectan pautas sistemáticas, mensurables con el máximo rigor.

d) Cabe esperar la resolución del problema si se acomete desde otra perspectiva, la de la arqueometría: un equipo de la Universidad de Friburgo (LOGEMANN *et al.* 1995a y 1995b) está realizando un programa sistemático de análisis de los huesos de fauna, para ver si presentan concentraciones especiales de mercurio, partiendo de la hipótesis de que, si en invierno los ganados pastaban en zonas como las de la actual provincia de Ciudad Real, habrían absorbido cantidades significativas de este elemento... Por el momento, los resultados no son concluyentes, pero hay algunos indicios prometedores —limitados hasta ahora a muestras de yacimientos de la Edad del Bronce— en cuanto a la validez de esta línea de investigación, o tal vez basada en otros elementos químicos diferentes.

C) *Las explotaciones mineras*

No puede resultar paradójico que en una región en la que predominan los terrenos terciarios y cuaternarios se haya dado gran importancia a la minería a la hora de explicar determinados fenómenos culturales. En concreto, la inexistencia de minerales de hierro en las zonas centrales de la cuenca del Duero, ha conllevado una alta

valoración del papel de ciertos afloramientos de zonas periféricas¹⁸: recuérdese la clásica formulación de MALUQUER (1960: 143) vinculando la cristalización del mundo celtibérico a la explotación de la riqueza minera del Moncayo. Nada de particular tendrá, pues, la insistencia de los investigadores en el papel de los minerales para justificar la formación o el desarrollo del poblamiento de determinadas zonas, basándose generalmente en una cierta cercanía entre poblados y veneros. Así lo hice yo mismo en el caso de los castros del occidente zamorano (ESPARZA 1986) y así se ha hecho repetidamente con los castros de Segovia (BARRIO 1990:112-116 y 841-845), o los de las zonas de Soria y Guadalajara, donde ya lo apuntó Taracena y donde los trabajos recientes insisten (p. ej. CERDEÑO y PERÉZ DE YNESTROSA 1993: 57 y 65; CERDEÑO *et al.* 1995: 165; JIMENO y ARLEGUI 1995: 100; ARENAS *et al.* 1998: 585 y 616), lo mismo que en la zona madrileña (BLASCO y ROVIRA 1992-93). De forma análoga, MARTÍN VALLS (1998:152) y ÁLVAREZ-SANCHÍS (1999: 122) sugieren también para los castros del oeste de Salamanca una conexión con los minerales de hierro y estaño¹⁹

Algunos investigadores apoyan esta relación en el propio estudio de los territorios de explotación potencial (BARRIO 1990), apuntándose para sitios como los poblados segovianos de Riofrío de Riaza y Cerezo de Abajo la posible explotación de minerales de hierro, de granitos y areniscas (SACRISTÁN *et al.* 1995: 365). Ahora, con la aplicación de los SIG, se hace también este tipo de observación: en el mencionado estudio del castro madrileño del Pontón de la Oliva, ubicado en la cabecera del Lozoya, se señala también que en la elección del lugar se tuvieron en cuenta no sólo ciertos tipos de terreno, sino también la existencia de veneros cupríferos y estanníferos.

Desde luego, convendría no olvidar la existencia de esas otras extracciones, dada la gran importancia que los metales preciosos, el bronce o la propia sal tuvieron para las sociedades de la Edad del Hierro²⁰. La del oro, por las dificultades técnicas para explotar los aluviones consolidados y todavía más los yacimientos primarios (SÁNCHEZ-PALENCIA y PÉREZ GARCÍA 1983), hubo de limitarse al beneficio de placeres fluviales, es decir a una explotación a la batea, que no deja huellas reconocibles. Es probable que haya otros focos, por ejemplo en el noroeste zamorano o en Segovia, pero la

18. Debe reconocerse que el panorama planteado cambiaría radicalmente si se comprobase la validez de la hipótesis de MADROÑERO DE LA CAL (1988), quien propugna que en estos tiempos prerromanos se utilizaba como mineral el almagre, una arcilla roja muy abundante en todos los terrenos de las cuencas sedimentarias pero que presenta un bajísimo contenido en hierro, inconveniente que habrían solventado mediante procesos de lavado y decantación del óxido de hierro separado de la sílice; en dicho trabajo se alude al castro de La Mesa de Miranda como evidencia en tal sentido. En la bibliografía arqueometalúrgica no se encuentra hoy por hoy ningún apoyo para esta hipótesis; antes bien, puede suponerse la dificultad de obtener escoria a partir de semejante mena, y por consiguiente, de separar el hierro reducido.

19. Se ha sugerido igualmente que la explotación de los minerales de la zona de los Montes de Toledo remontaría a esta época (URBINA *et al.* 1994).

20. Por ejemplo, ARENAS (1998: 593) menciona la eventual explotación de arcilla, grafito, etc; en los poblados segovianos de Riofrío de Riaza y Cerezo de Abajo se apunta la posible explotación de granitos y areniscas para molinos y afiladeras (SACRISTÁN *et al.* 1995: 365); y ÁLVAREZ SANCHÍS (1999: 158) se refiere a la extracción de bloques de piedra en varias canteras del castro de Ulaca.

zona donde verdaderamente se ha avanzado es la de las Montañas galaico-leonesas: destacamos algunos trabajos recientes (PEREA y SÁNCHEZ-PALENCIA 1995: 25-27), especialmente el de SÁNCHEZ-PALENCIA y FERNÁNDEZ-POSSE (1998), donde se señala la necesidad de estudiar la geoquímica de las joyas áureas para asegurar su origen fluvial, y se replantea tanto el coste relativo de obtención del oro necesario para la fabricación de las joyas como sus implicaciones sociales²¹.

La sal, por ejemplo, parece haber sido importante en economías con fuerte componente ganadero, lo que hace pensar en el atractivo que tendrían zonas salobres como las zamoranas de las lagunas de Villafáfila. En este sentido, debe recordarse que allí, concretamente en Otero de Sariegos, funcionó durante el Bronce Antiguo una auténtica factoría de concentración de agua salada (DELIBES *et al.* 1998). Por el momento, no conocemos algo semejante para la Edad del Hierro, pero abundan en torno a las salinas los yacimientos de la fase Soto, uno de los cuales, el de Fuente Salina, en Revellinos, llega también hasta la época celtibérica, habiendo proporcionado un recipiente que pudo haberse empleado para concentrar salmuera (ESPARZA 1995: 116).

Otros muchos puntos semejantes, aunque más pequeños, como los abundantes lavajos o charcas que salpican la región, pudieron haber sido beneficiados. Pero debemos referirnos especialmente a las salinas de la zona oriental de la Meseta, que también parecen haber sido tenidas en cuenta al establecerse los poblados de la Edad del Hierro, como señalan GARCÍA HUERTA (1990) y CERDEÑO y PERÉZ DE YNESTROSA (1992; 1993:65). Ciertamente, estos investigadores no han topado hasta hoy con las pruebas arqueológicas más seguras —los elementos cerámicos que delatan los trabajos de concentración de salmuera— pero es sugestiva la vecindad a las salinas de un par de yacimientos celtibéricos excepcionales por sus grandes dimensiones y por carecer de defensas (ARENAS 1998: 591-592).

El problema fundamental es, como se ve reiteradamente, la falta de evidencia acerca de las actividades extractivas²², en especial las relativas al hierro, dada su trascendencia. Como se preguntaba DOMERGUE (1990: 171), ¿dónde están las minas que han producido el hierro utilizado por las culturas de la Meseta? Si volvemos al punto de partida, es decir a las mineralizaciones de hierro del Moncayo, estos son, efectivamente abundantes en ambas vertientes (GARCÍA SERRANO, 1993-94), pero no se ha documentado ninguna mina, aunque sí parece haber restos de la transformación del mineral, que luego mencionaremos. Para el yacimiento celtibérico de Castilmontán

21. Se ha señalado (SÁNCHEZ-PALENCIA 1983; *cf.* la argumentación etnoarqueológica de VÁZQUEZ VARELA 1995) que una campaña estacional de bateo proporcionaría una cantidad suficiente para la fabricación de las joyas prerromanas. De ahí las recientes propuestas de reconsiderar la “distancia social” entre los portadores de los adornos áureos y sus convecinos, propugnándose un marco local —el castro— para la explotación y fabricación de piezas destinadas a las personas de rango, que no clase, superior.

22. Paradójicamente, sí se dispone de pruebas de la explotación de uno de los recursos minerales menos atractivos: nos referimos a las canteras de piedra, como la que ha podido reconocerse en Ulaca (ÁLVAREZ SANCHÍS 1999: 158-189; RUIZ ZAPATERO y ÁLVAREZ-SANCHÍS 1999:45).

(Soria), se ha señalado al menos la cercanía de algunas minas, especialmente la de San Salvador, en Sagidos, cuyo mineral presenta una composición relacionable con la de las escorias halladas en el castro (MADROÑERO *et al.* 1992). Si nos vamos al otro extremo de la región, no hay duda de que la minería ha tenido que ser realizada cerca de los castros del Bierzo o de La Cabrera, ya que se han hallado escorias, moldes, etc. y, en el caso concreto del Castrelín de San Juan de Paluezas, se hallaba inmediato a los afloramientos, pero en este caso cupríferos (FERNÁNDEZ-POSSE *et al.* 1993:214). Así pues, por el momento lo único que tenemos son los escasos datos que recoge Larrazabal en su tesis sobre la zona zamorana: los vestigios obtenidos en prospecciones y excavaciones y los análisis arqueometalúrgicos le llevan a proponer la probable correspondencia de dos pequeñas obras mineras existentes en los castros de La Mazada y Peña Caballo a la extracción de mineral de hierro que, en la Primera Edad del Hierro se habría utilizado como fundente en la reducción de los minerales de cobre existentes en la zona; en cambio, en momentos más avanzados de la Edad del Hierro, la extracción del mineral se aplicaría a la obtención del hierro: a este momento correspondería la bocamina existente en el castro de Arrabalde. Para matizar la aplicación de los métodos de análisis espacial, que hemos empezado a realizar, incluso con SIG, a esa zona zamorana, hay que señalar otra de las observaciones de Larrazabal: si en el castro de Lubián se ha debido recurrir al mineral existente en las proximidades, en el Cerco de Sejas de Aliste se ha empleado un mineral que parece procedente de la Sierra de la Culebra, y no de los afloramientos más próximos, lo que indica, no sólo el conocimiento de distintos tipos de minerales, sino que el área de captación era bastante mayor que el territorio potencial.

D) *Las actividades artesanales*

D1. Alfares celtibéricos

Se han multiplicado los hallazgos, de forma que de los dos testares que allá por los años 20 intuyó Taracena en Numancia y Langa de Duero, se ha pasado a una docena, mejor o peor conocidos²³, al haberse añadido los de Las Cogotas (Ávila), Roa (Burgos), Palenzuela (Palencia), Coca (Segovia), Gormaz, Izana y Ucerro (Soria), Pesquera/Padilla de Duero, y Villagarcía de Campos (Valladolid), a los que habrá que sumar seguramente otros²⁴. Aunque en tres de ellos se han realizado excavaciones, e

23. Además de las citas expresas que se harán a continuación, *vid.* los listados y bibliografía contenidos en BLANCO (1998); JUAN TOVAR y BERMÚDEZ (1991); ESCUDERO y SANZ MÍNGUEZ (1993: 480); SACRISTÁN (1993: 496); SACRISTÁN *et al.* (1995:350); DELIBES *et al.* (1995a): 103; ARLEGUI *et al.* 1996 (nos referimos al de Ucerro, puesto que el otro publicado, el de Quintana Redonda, es ya del s.I d.C.).

24. Por ejemplo, JUAN TOVAR y BERMÚDEZ (1991) citan otro posible alfar en la capital segoviana, y DELIBES *et al.* 1995b: 103 en Tordehumos (Valladolid); y si incluimos las zonas culturalmente emparentadas, debe incluirse el de Fuentelsaz (Guadalajara), que correspondería a un momento tardío, de finales del s.II hasta las guerras sertorianas (ARENAS 1991-92).

incluso se ha publicado un trabajo de conjunto, todavía de limitado alcance, acerca de los aspectos industriales de la alfarería celtibérica (SACRISTÁN 1993), no puede extrañar que la preocupación fundamental haya sido la caracterización estilística y cronológica de los productos, incluyéndose la datación paleomagnética de la parrilla del horno padillense.

Llamamos la atención sobre algunos detalles de interés: en todos ellos se llevo a cabo la fabricación de la cerámica celtibérica por antonomasia, esto es, la torneada, de pasta rojiza y con decoración pintada; pero en algunos casos la evidencia es más compleja: en el de Coca, por ejemplo, donde hay varios hornos superpuestos, se fabricaron en un mismo horno cerámicas hechas a torno y con decoración pintada, y otras hechas a mano y con decoraciones peinada o estampada; en el de Carralaceña (Pesquera) se cocieron en cambio cerámicas torneadas de diversas clases —rojiza pintada, gris estampada y vajilla de cocina—; y en el de Las Cogotas sólo cerámica torneada y pintada.

Las huellas dactilares detectadas en pellas de barro parecen corresponder siempre a varones, en línea con la hipótesis tradicionalmente admitida que considera la producción industrializada de cerámica a torno como actividad masculina.

Es igualmente llamativa la localización marginal de los alfares: en las Cogotas, por ejemplo, se halla intramuros, pero en un “barrio artesanal” en el que se desarrollan actividades que sobrepasan el ámbito doméstico (RUIZ ZAPATERO y ÁLVAREZ-SANCHÍS 1995: 220-221; ÁLVAREZ-SANCHÍS 1999: 156; ÁLVAREZ-SANCHÍS *et al.* 1998:85-86); la separación es aún más clara en Roa o en Padilla, donde poblado y alfar tienen el Duero por medio, aunque se comunicaban por sendos vados. Se han apuntado explicaciones causales para este alejamiento, que se podría deber a un deseo de reducir incomodidades (SACRISTÁN 1993:497), de evitar los molestos humos de las cocciones (GARCÍA HERAS 1994: 152) o el peligro de las actividades relacionadas con el fuego (SANZ MÍNGUEZ 1998: 43). Además, SACRISTÁN *et al.* (1995:350) han visto en esa separación una producción de nivel industrial, con una mano de obra específicamente artesanal sostenida por unos excedentes agrarios, y SANZ MÍNGUEZ (1998:43) se refiere explícitamente a las edificaciones —y la posible necrópolis— del sector artesanal. En el castro de Las Cogotas, junto al taller ceramista había también un secadero de adobes. En cualquier caso, debemos reiterar lo que apuntábamos en alguna ocasión (MARTÍN VALLS y ESPARZA 1992: 267): la existencia de un “arrabal”, de un sector dedicado a una industria claramente especializada, es uno de los indicadores arqueológicos característicos de los núcleos que, por su grado de maduración socioeconómica, pueden ser llamados *oppida*.

Naturalmente, es necesario profundizar en esta cuestión, pues como señalaban SACRISTÁN *et al.* (1995: 362-363), no estamos en condiciones todavía de discernir si se trataba de unos pocos centros cuya producción alcanzaba una difusión relativamente amplia, o si los había en todos los núcleos de población, es decir que se orientaban esencialmente hacia el autoconsumo. Un camino para avanzar podría hallarse en el estudio monográfico de los productos de los alfares de Carralaceña y Las Cogotas, actualmente en curso, y sobre todo en la aplicación de técnicas arqueométricas

—estudio de láminas delgadas, análisis de pastas mediante difracción y fluorescencia de Rayos X²⁵— para determinar la procedencia de materias primas, caracterizar la producción y distribución, como se ha hecho en el de Izana (GARCÍA HERAS 1994). En este caso concreto, parece haber un alcance como mínimo comarcal de los productos fabricados

D.2 La actividad textil

Las fuentes literarias se refieren de manera indirecta a esta industria —es inevitable traer a colación la referencia los 9.000 sagos o mantos hechos de lana que los habitantes de Numantia y Termes (DIODORO, XXXIII,16) o los 10.000 en el caso de Intercatia (APIANO, Iber. 54) hubieron de entregar, entre otros bienes, a sus vencedores romanos—, pero la investigación arqueológica apenas ha logrado progresar todavía en este terreno²⁶. Al no haberse hallado todavía ningún telar, la principal prueba la constituirían los *pondera* o pesas de telar, que en ocasiones se han hallado agrupadas²⁷ de forma que se sospecha su correspondencia a telares verticales. Sin embargo, investigadores como CASTRO²⁸ que han trabajado sobre piezas de distintas zonas de la Península apuntan hacia otras posibles utilizaciones, como sucede también con las fusayolas (DE SUS, 1986). ARLEGUI y BALLANO (1995), autoras que han estudiado las características morfométricas, peso, desgaste, etc., de los *pondera* de Numancia, Langa de Duero e Izana creen que la mayoría parecen haber correspondido efectivamente a pesas de telar, pero algunas podrían haberse empleado como pesos para redes de pesca e incluso de caza de aves.

Tijeras, cuchillas, leznas, etc, que menudean en los yacimientos meseteños²⁹, vendrían a relacionarse también con las actividades textiles o con el curtido de pieles.

D.3 La industria ósea

Baste con recordar la existencia de cachas para cuchillo, a menudo decoradas con círculos troquelados, de mangos para hoz o para punzón, la de agujas, espátulas,

25. Las técnicas empleadas hasta ahora, especialmente FRX (*vid.* por ejemplo GALVÁN y GALVÁN 1988; GALVÁN *et al.* 1993) tienen menor poder resolutivo que el análisis mediante activación neutrónica (*vid.* CABRAL *et al.* 1983) mucho más eficaz pero prácticamente inalcanzable para nuestra investigación habitual. Ahora acaba de darse a conocer una técnica la Fluorescencia de Rayos X de alta precisión que tiene tanta o más eficacia que la de activación neutrónica y es mucho más viable incluso en un país como el nuestro que todavía no cuenta con un centro dedicado específicamente a la Arqueometría (ADAN-BAYEWITZ *et al.* 1999).

26. En el estudio de conjunto de Carmen Alfaro apenas hay referencias a la Meseta prerromana, a no ser algunas tijeras de las habituales en necrópolis celtibéricas, que la autora cree de tipo doméstico, por no llegar su tamaño al necesario para relacionarlas con el trasquileo de las ovejas (ALFARO GINER 1984:42-43).

27. Por ejemplo, en Las Cogotas (CABRÉ 1930: 82-84) o en El Raso de Candeleda (FERNÁNDEZ GÓMEZ 1986: 474 y 492) FERNÁNDEZ GÓMEZ y LÓPEZ FERNÁNDEZ 1990, lám. III, 5.

28. Esta autora ha recogido en sus trabajos algunos yacimientos emparentables con los que aquí interesan, como el alavés de La Hoya (CASTRO 1986).

29. En su trabajo citado, BARRIL (1992) reúne buena parte de estos objetos.

etc., para matizar la idea de que la generalización del hierro supuso la extinción de otras seculares industrias basadas en materias primas como hueso y asta, por no citar la piedra. En este apartado de la industria ósea, anteriormente descuidado, destacamos, junto al inicio de investigaciones específicas (LIESAU 1988; 1994), una novedad, la reinterpretación de ciertas piezas, existentes desde la primera Edad del Hierro pero habituales en yacimientos celtibéricos, que venían siendo considerados como silbatos y para los que ahora se justifica su consideración como camas de bocado de caballo (ESCUADERO y BALADO 1990).

D. 4 Las producciones metalúrgicas

Muy lentamente se van produciendo avances en el terreno de la Arqueometalurgia, siendo destacables en nuestro ámbito los trabajos de ROVIRA³⁰, SARAVIA (1995) y GÓMEZ RAMOS (1996a, b y c). Los trabajos del equipo del proyecto Las Médulas y los analíticos de Gómez Ramos van permitiendo reconocer una producción de estaño³¹ en la Corona de Corporales, y sobre todo la metalurgia bronceista del Castrelín, donde se han obtenido moldes, escorias y restos de vasijas-horno e incluso de horno (FERNÁNDEZ-POSSE *et al.* 1993). En este caso, el avance es seguramente mayor en cuanto al trasfondo social que en la propia caracterización tecnológica. Restos comparables, aunque de imprecisa cronología, hay en otros castros zamoranos, como los de Sejas o Manzanal de Abajo, y en el de San Martín de Castañeda se ha recogido un nuevo molde para fundir sítulas (ESPARZA *et al.* 1996). El propio conocimiento de la orfebrería celtibérica, siempre centrado en aspectos tipológicos, cronológicos, etc, ha progresado igualmente en cuanto a las composiciones y técnicas (PEREA y ROVIRA 1995; PEREA y SÁNCHEZ-PALENCIA 1995), que se inicia incluso en lo relativo a los lingotes o tortas empleados³².

Por lo que hace a la industria del hierro, de la que han salido las abundantísimas armas³³ e instrumentos, la información es casi nula³⁴, salvo que volvamos a recurrir a los bordes montañosos de la Meseta, al descartarse la pretendida fragua del castro

30. SANZ, ROVIRA y FRAILE 1978; ROVIRA y SANZ 1986-87; BLASCO y ROVIRA 1992-93; ROVIRA 1996.

31. Hasta ahora se ha venido concediendo escasa importancia a este metal, aunque como ya planteara MAIA E COSTA (1966) para el castro trasmontano de Carvalhelhos, las "escorias de hierro" bien podrían haberse empleado como fundente en la extracción de estaño. Además, el estudio de ROVIRA *et al.* 1996 pone de manifiesto que se fabricaban ciertas piezas de bronce que debían de pretender una imitación de lo argénteo para lo que eran sumergidas en un baño de estaño fundido.

32. *Vid.* las tortas de plata de El Raso (ROVIRA 1993-94: PA 5473) y de Arrabalde 2 (PEREA y ROVIRA 1995:PA 1012).

33. El armamento, que ha capitalizado buena parte de los trabajos tipológicos y cronológicos, empieza a recibir atención desde el punto de vista de la tecnología (GARCÍA LLEDÓ 1986-87) y de la producción (GARCÍA GELABERT 1989).

34. Cuando lleguen mejores tiempos, habrá que empezar a revisar las ingentes cantidades de materiales depositados en los Museos. De algunos hay, al menos, constancia bibliográfica, como es el caso del nivel más antiguo de la Avda. de la Constitución, en Coca, donde se alude a "la abundancia de fragmentos informes de hierro como si de restos de fundición se tratase" (BLANCO 1989-90:165).

abulense de Ulaca, para la que se propone una interpretación ritual (ALMAGRO-GORBEA y ÁLVAREZ-SANCHÍS 1994) y no poderse contar prácticamente con los datos de otra acaso existente en Numancia (JIMENO *et al.* 1990: 28).

Cabría referirse en primer lugar al Sistema Ibérico, especialmente al tramo formado por las sierras de la Demanda, Urbión, Cebollera y Moncayo. Taracena se había referido ya a la abundancia de escorias en Canales de la Sierra, algunas de las cuales, cuya correspondencia a la Edad del Hierro nos parece problemática, han sido analizadas³⁵. En Castilmontán (Somaén), se han analizado, como ya se dijo, algunos objetos de hierro, escorias y muestras de mineral (MADROÑERO *et al.* 1992); también aquí se plantea el problema de la datación —el yacimiento llega hasta el siglo I aC—, apuntándose al menos para algunas piezas una factura propia de una “cultura más avanzada (romano-republicana)”.

Si pasamos al otro lado de las montañas, a la zona del valle del Ebro donde BURILLO (1998: 280-284) sitúa una pujante actividad metalúrgica, hay que decir que los datos siguen siendo todavía muy problemáticos. En efecto, en el Cerro de la Oruña (Vera de Moncayo), junto al monasterio de Veruela, HERNÁNDEZ VERA y MURILLO (1985:61-62) mencionaban restos de un horno y abundantes escorias, cuya cronología apuntaba a fechas anteriores a la conquista romana. Posteriormente, BIENÉS CALVO y GARCÍA SERRANO (1995) continúan mencionando “una gran concentración de escorias de hierro que implica la existencia de una potente actividad “industrial” de elaboración de acero”, aunque faltan por excavar los “hornos de fundición” (*Ibid.*: 239 y 244)³⁶; por el momento, los materiales de las dos campañas de excavación realizadas son ya de época romana, desconociéndose todavía los niveles más antiguos. Por su parte, AGUILERA (1995: 226-228) cita otros tres poblados en los que se habrían realizado actividades siderúrgicas ya en un momento anterior a la conquista romana y que habrían constituido el precedente para la fabricación del hierro afamado que citan las fuentes literarias, pero tampoco aquí hay más pruebas que la “gran abundancia de escorias férricas”, de las que no se han publicado análisis³⁷. Así pues, casi debemos resignarnos a utilizar únicamente los datos del poblado celtibérico de Los Castellares (Herrera de los Navarros), donde algunos objetos de hierro de la casa 2 han sido relacionados, por su contenido en cobre y

35. Estas escorias han sido analizadas junto a otras recogidas en unas estructuras, al parecer hornos, de imprecisa cronología —se consideran medievales, y hasta se aporta una datación radiocarbónica cuya edad equivalente sería 710 d.C., aunque también se las asocia con un fondo de vasija celtibérica—, junto al monasterio riojano de Valvanera (MADROÑERO *et al.* 1985). Tampoco están exentos de tales problemas los restos de Santa Ana (MADROÑERO 1994).

36. Estos autores identifican escorias con forja, cuando podría tratarse de un sitio de reducción, esto es, dedicado a la primera transformación del mineral.

37. Sin ánimo hipercrítico, debe señalarse que del mero examen visual de escorias “de hierro” no puede concluirse en absoluto que correspondan a una actividad siderúrgica; desde luego, los análisis publicados de las de La Oruña (HERNÁNDEZ VERA y MURILLO 1985) presentan una insólita composición, carente de óxido de hierro; aun en el caso de tratarse, como sospechamos, de un error, los porcentajes de ese óxido, que podríamos calcular por diferencia hasta el 100%, arrojarían valores en torno al 5%, totalmente inaceptables para una siderurgia antigua ¿Habría que pensar en otras posibilidades?

azufre, con algunas escorias obtenidas en el mismo yacimiento (MARTÍN COSTEA *et al.* 1991-92: 239; BURILLO *et al.* 1993: 108-112).

Desde luego, para avanzar en el terreno de las actividades artesanales, aparte del estudio del abundante instrumental que parece haber servido para el trabajo de la madera, del metal, de la piel y textiles —*vid.* por ejemplo BARRIL 1993³⁸—, se revela también como especialmente fructífero el estudio de determinados contextos —*áreas de actividad* o *unidades de ocupación* son sus denominaciones— siendo reseñables una vez más los resultados obtenidos en la Corona de Corporales y El Castrelín de San Juan de Paluezas (FERNÁNDEZ-POSSE *et al.* 1993 y 1994; PEREA y SÁNCHEZ-PALENCIA 1995: 31). En nuestro ámbito estricto, puede mencionarse una unidad de ocupación detectada por HEREDERO (1993) en el Cerro del Castillo de Montealegre: se trata en este caso de un núcleo formado por dos edificaciones de adobes, de planta redondeada, una de las cuales parece la cabaña, con su hogar, banco corrido, vasar, y la otra una dependencia secundaria utilizada como almacén de grano, quedando ambas unidas mediante un espacio auxiliar cerrado, un pequeño recinto empedrado³⁹. Resulta imprescindible el análisis en profundidad de estos contextos, a veces controvertidos: en el caso del poblado celtibérico de Herrera de los Navarros, ya en Zaragoza, los especialistas en metalurgia sugieren que la famosa Casa 2 pudo ser la vivienda del fundidor del poblado en la que se habría realizado un último procesado y almacenamiento (MARTÍN COSTEA *et al.* 1991-92: 266), pero el rico equipamiento de éste edificio (BURILLO y DE SUS 1988) parece indicar algo bien distinto, y nos hace traer a colación un edificio, también muy conocido, que excavó TARACENA (1929: 35-36) en el yacimiento soriano de Langa, que fue interpretándolo como depósito comunal... ¿No habría que plantear que este tipo de edificaciones podrían precisamente relacionarse con avanzadas formas de propiedad de los medios de producción?⁴⁰

Finalmente, y respecto a las actividades que suelen llamarse comerciales, haremos ahora una mínima alusión. Es éste uno de los aspectos más oscuros, puesto que su detección pasa indefectiblemente por el establecimiento del carácter autóctono o alóctono de los objetos encontrados en los yacimientos, o lo que es lo mismo, del lento progreso de las investigaciones arqueométricas: recuérdese lo dicho acerca de la distribución de las cerámicas⁴¹, y en cuanto a los metales, aunque se avanza en lo

38. No puede soslayarse el carácter equívoco de algunas piezas, como las tijeras, para las que caben interpretaciones artesanales pero también otras, como el aseo personal o determinado simbolismo (*vid.*, además del trabajo de esta autora, otros como el de SANZ MÍNGUEZ 1998: 415).

39. Por su cronología, ya del s. I a.C., y por tratarse de un hallazgo de superficie, no incluiremos en el texto la concentración de 17 molinos circulares en *El Amortajado* (Soria) que sugieren la existencia de una instalación relacionada con la molienda de cereal (BARRIO ONRUBIA *et al.* 1989-90).

40. No está de más recordar que en tales edificios se han hallado respectivamente una posible cerradura y una llave, elementos que parecen denotar la propiedad privada.

41. Ante determinadas producciones —por ejemplo las *cerámicas grises* ibéricas halladas en algunos yacimientos de Guadalajara y Cuenca (HORNERO 1990) o las *urnas de orejetas perforadas* (ESCUADERO NAVARRO 1990)— se piensa comúnmente que son de origen foráneo, siendo la rareza en los respectivos contextos un criterio determinante [*vid.* SANZ MÍNGUEZ 1997: 308-309 acerca de ciertas cerámicas grises

relativo a las técnicas de trabajo⁴², será más laborioso llegar a establecer el origen concreto de los minerales empleados, siendo especialmente necesaria la caracterización de talleres concretos, de bronceístas⁴³, herreros, etc. Por lo demás, resulta curioso —o revelador de la importancia de las “escuelas”— que apenas haya trabajos interesados en el aprovisionamiento de materias primas líticas: a diferencia de lo ocurrido en otras regiones, señaladamente el NW, escasean los trabajos en los que se intenta establecer el origen de los objetos líticos.

Para no dejar en el aire una impresión pesimista, consignaremos la novedad de algunas aportaciones, como la relativa a ciertas piezas de marfil, de origen necesariamente extrapeninsular, aunque entre las piezas de eboraria estudiadas hasta ahora apenas encajarían en nuestro tema sendos objetos de Numancia y La Hoya⁴⁴. Y, cómo no, habrá que resaltar una vez más los trabajos realizados en castros leoneses, donde se ha llegado a inferir (FERNÁNDEZ-POSSE *et al.* 1994: 203) que el intercambio afectaba de manera muy desigual a distintos ámbitos, ya que parecen haberse difundido elementos pertenecientes al dominio simbólico, como los anteriormente aludidos moldes para fabricación de sítulas, a diferencia de los relacionados con la producción subsistencial, como los molinos⁴⁵. Pero de esta forma, casi insensiblemente, empezamos a adentrarnos en un terreno en el que ya no puede hablarse separadamente de lo económico.

de Padilla; MARCOS CONTRERAS (1991) sobre dos vasos de barniz rojo hallados en Coca; también ROMERO y MARCOS (1993:250-253) sobre éstos y sobre otro gris]. El asunto se ha ido complicando al descubrirse cada vez más cerámicas pintadas ibéricas en zonas orientales de la Meseta, e incluso en yacimientos del interior, que han obligado a plantearse una cuestión de gran importancia no sólo desde el punto de vista de los procesos de intercambio, sino en orden a la reconstrucción del propio proceso de formación de lo celtibérico, cual es la de si se trata de verdaderas importaciones o de producciones locales que imitan prototipos ibéricos. Así lo han hecho, por ejemplo CERDEÑO *et al.* (1996:289-290) respecto a ciertas cerámicas torneadas de los castros de El Ceremeño y El Palomar, ambos en Guadalajara; para las del segundo, GARCÍA HERAS propone, a partir de la composición de la pasta, que se trataría de fabricados locales (*cit. in* ARENAS 1998: 611).

42. Los *soliferrea*, por ejemplo, se vinculaban tradicionalmente al mundo meridional, pero como ha puesto de manifiesto QUESADA (1993), su inspiración debe buscarse al otro lado del Pirineo, desde donde habrían pasado a Cataluña y Levante, y de ahí a la Meseta. Para dilucidar si los de la zona de Ávila, y sobre todo de los de Aguilar de Anguita, más tempranos, son piezas importadas o fabricadas ya en tierras meseteñas, habrá que profundizar en una línea apenas esbozada por MADROÑERO DE LA CAL (1984).

43. En virtud de ciertos detalles tecnopológicos se ha apuntado la correspondencia de ciertas fibulas anulares a talleres padillenses (DELIBES *et al.* 1995b: 117).

44. PASTOR VÉLEZ 1994. Por su trasfondo económico y social, es de destacar la conclusión de la autora acerca de la condición utilitaria de los objetos analizados, que vendría a cuestionar el pretendido carácter noble del marfil; sin embargo, debe reseñarse que en uno de los casos aportados, estamos ante las cachas de la empuñadura de una espada...

45. En este caso, los autores se refieren a la circulación en el amplio espacio global del Noroeste, en el que se registra la dispersión de los moldes, uno de los cuales ha llegado al Castro da Forca, sin que por el contrario hayan venido hacia las montañas leonesas los molinos circulares que ya se documentan en el castro pontevedrés.

II. LOS ENFOQUES DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

A) *Intercambio y sociedades meseteñas*

Hasta el presente, la interpretación de la evidencia arqueológica se ha formulado a partir de unas bases teóricas poco explícitas: de forma simplista, puede decirse que la aparición de objetos alóctonos es interpretada rápidamente en términos difusionistas⁴⁶, recurriéndose vagamente a la llegada de “influjos”, sin mayor compromiso por lo que respecta a tales influjos, a sus mecanismos, etc. De ahí se desprende la idea de una actividad comercial no bien conectada con los sistemas sociales; si acaso, se recurre a mencionar las élites de las distintas sociedades que demandarían cierto tipo de objetos, especialmente suntuarios.

Por eso, resulta novedosa la incipiente introducción en nuestro ámbito de investigación de ciertos modelos inspirados en la antropología económica, vinculados especialmente al enfoque llamado sustantivista. Así lo vemos en CERDEÑO *et al.* 1996 quienes, en su análisis comparado de dos zonas meseteñas, que denominan del NE y del SW (se refieren a las actuales provincias de Guadalajara y Ávila), pasan revista a los elementos de importación hallados en los diferentes poblados y necrópolis⁴⁷. Aunque sea discutible la exclusión de los objetos latenienses —debida tal vez a que los consideren imitaciones fabricadas localmente o bien piezas foráneas no procedentes del litoral mediterráneo⁴⁸—, en esta ocasión, se plantean abiertamente cómo pudieron organizarse los contactos entre estas zonas y las del Mediterráneo, recurriendo a tres modelos, el de *economía de bienes de prestigio*; el de *economía-mundo o enfoque centro-periferia*⁴⁹; y el de *interacción entre estados igualitarios*, que han sido ensayados con éxito en otras investigaciones de la Edad del Hierro europea. Estos tres modelos, en especial, los dos primeros son juzgados como inadecuados para las zonas en discusión, porque las sociedades de nuestra segunda Edad del Hierro (celtíberas y vettonas) no participaban en el comercio a larga distancia como

46. Por escapar a la tendencia más común, destacamos el trabajo de SAN MIGUEL MATÉ (1995), en el que defiende para el caso concreto del poblamiento vacceo un modelo endógeno que conjuga la existencia de una jerarquización social con las modificaciones operadas en la economía (introducción de productos de regadío, especialización en ganadería ovina, desarrollo de actividades artesanales y comerciales) y el hábitat.

47. Sobre esta cuestión, *vid.* también BAQUEDANO BELTRÁN 1996: 73-90.

48. Puede señalarse, de paso, el problema inherente a la interpretación de la procedencia de determinados objetos: los *soliferrae* celtibéricos, habitualmente vinculados con el mundo meridional, parecen reclamar una llegada a través del valle del Ebro y, en última instancia, del otro lado del Pirineo (QUESADA 1993; *vid.* también LORRIO 1997: 276, fig. 115).

49. Sucintamente se ha apuntado, para la zona que nos ocupa, que “la urbanización del mundo celtibérico es, en última instancia, consecuencia de un proceso centro-periferia causado por el surgimiento de la civilización romana, que aun sin haber llegado a conquistar nuevos territorios, provoca en ellos una evolución hacia formas políticas más complejas, desembocando en la creación de los pequeños estados que suponen las ciudades celtibéricas” (DÍAZ-ANDREU y SANDOVAL 1995: 454). Sobre la conveniencia de ensayar este tipo de modelos, *vid.* GILMAN (1993) y MEDEROS (1995).

intermediarias, sino como receptoras finales. En cambio, apuntan la posible validez de un cuarto modelo, el de *comunidades de paso*. No entramos a discutir la validez del tercero, pero sí debe señalarse que lo han tomado en una variante poco adecuada, la que sería válida para estados; pero si nos ceñimos a la propuesta original de Renfrew, es decir al modelo de *interacción entre grupos paritarios*, las cosas podrían encajar seguramente.

Se trata de un modelo que combina los factores internos y los externos, y para el que se han especificado una serie de criterios que deben ser reconocidos en el registro arqueológico: existencia de unidades sociopolíticas autónomas; aparición de cambios prácticamente sincrónicos; especialmente, aparición de novedades de gran alcance en la arquitectura o bien en los sistemas simbólicos, comunes para las élites de las distintas unidades paritarias; multiplicidad de vías de llegada de las innovaciones; transformación operada por interacción positiva (emulación, intercambio de bienes, etc.) o negativa (guerra, pillaje, etc.); intensificación de la producción y desarrollo de estructuras jerárquicas (RENFREW 1986:7-8)

Sería interesante aplicar este modelo a las zonas centrales de la Meseta o, en general, al proceso que algunos denominamos celtiberización, y para el que hemos apuntado algunos de los rasgos anteriormente señalados (ESPARZA 1990: 119-120). Desde luego, la dispersión de las cerámicas celtibéricas, de armas como el puñal tipo Monte Bernorio, de las fíbulas, broches de cinturón y otros adornos, y no digamos de las joyas, en los últimos siglos prerromanos, parece reclamar un marco de interacción como el que se nos propone. Marco en el que deberíamos reconsiderar así mismo algunos elementos citados anteriormente, como los desplazamientos ganaderos o el alcance de la producción de los alfares.

En cualquier caso, debe hacerse una observación sobre el riesgo inherente a las interpretaciones del registro arqueológico, especialmente por su parcialidad y provisionalidad. Por ejemplo, la caracterización de estas sociedades meseteñas como consumidoras finales o como distribuidoras se basa en dos tipos de información: una positiva (los *exotica* que fueron a parar a esos poblados y sobre todo a las necrópolis) y otra negativa, esto es, la inexistencia de elementos de importación en zonas más al interior. De esta forma, el área cultural denominada de Cogotas II o, si se prefiere, el ámbito de los vettones, donde se conocen numerosos objetos importados⁵⁰, sería receptora. Y aquí surge el problema: ¿cómo llega la cerámica ática de figuras rojas al castro zamorano de Fuentes de Ropel⁵¹, es decir a lo que será el confín entre los vacceos y los astures? Excluido en buena lógica el comercio directo, la opción más viable parece la llegada a través precisamente de ese ámbito de los vettones..., que deberían ser considerados entonces no sólo como receptores de los *exotica*, sino también como intermediarios del comercio lejano. Y si recogemos la sugerencia de SANZ MÍNGUEZ (1989: 350) que, para justificar el hallazgo de otro vaso ático a Padilla

50. Además del trabajo citado de CERDEÑO *et al.* 1996, vid. BAQUEDANO 1996; FERNÁNDEZ GÓMEZ (1998).

51. MARTIN VALLS y DELIBES (1978: 329).

de Duero prefiere dirigir su mirada hacia la sierra de Guadarrama⁵², estaríamos argumentando en favor del modelo de interacción propuesto por Renfrew⁵³.

B) *El papel de los Tesoros Celtibéricos*

Hace algún tiempo se viene sugiriendo que las espectaculares alhajas prerromanas de la península tuvieron un carácter premonetal (GARCÍA y BELLIDO 1984-85: 397 y 401) y, en esa línea, GALÁN y RUIZ-GÁLVEZ (1996) han propuesto que las joyas prerromanas de la Meseta habrían funcionado como patrones metroológicos⁵⁴ premonetales, de gran importancia en la esfera de las relaciones sociales. Vendrían a situarse así en la estela de Marcel MAUSS (1923-24), otro de los antropólogos que han sostenido la necesidad de reconocer las funciones económicas desempeñadas por las relaciones de parentesco, políticas, etc., y desveló la importancia que tienen los dones o regalos: el *don* trasciende lo material, sirviendo para establecer relaciones entre individuos o grupos, sobre todo en el sentido de crear obligaciones sociales.

En su trabajo, Galán y Ruiz-Gálvez comienzan señalando que, para facilitar el intercambio de mercancías, se podría hacer uso de determinados objetos metálicos, que denominaremos *divisa*; si la divisa está de acuerdo con medidas de peso estandarizadas estaríamos ante *dinero*; y sólo si se acuña puede hablarse propiamente de *moneda*. Los autores han estudiado los pesos de algunos conjuntos de joyas celtibéricas, y encuentran que las pequeñas (arracadas, anillos, etc.) parecen tener pesos que son múltiplos de 3,65 gramos, mientras que los pesos de las grandes (torques, brazaletes, etc.) serían múltiplos de 36,5, hecho de gran interés ya que el peso medio de los denarios ibéricos atesorados en Salamanca sería de 3,65 gr., coincidente con medio *shekel* fenicio). Para explicar tales pesos se arguye que las joyas se habrían hecho fundiendo monedas de plata, y de ahí su metrología, que por otra parte no sería novedosa, puesto que el peso medio de los lingotes de plata del Bronce Final es también de 365 gramos. Se trataría, en definitiva, de una forma de atesorar valor, y concretamente de

52. También se recurre a la "conexión oriental" para justificar la llegada de productos acabados, o de estímulos, desde la Meseta Sur a la Cauca vaccea (ROMERO *et al.* 1993b: 261).

53. Hemos dejado a un lado el caso, en cierta medida comparable, de las producciones campanienses que van salpicando el mapa de la región (MARTÍN VALLS y ESPARZA 1992: 272; RUBIO *et al.* 1993; SANZ MÍNGUEZ 1997:350-351), pues probablemente algunas de estas piezas llegan ya en los siglos de la conquista romana, es decir en un marco sociopolítico diferente.

54. Conviene recordar otros intentos de reconocer elementos metroológicos que se han producido en los últimos años: Algunos investigadores han creído ver una casi-estandarización en las medidas de los adobes empleados en las construcciones, que respondería a la existencia de una unidad de medida, lo que podríamos denominar un "codo indígena", cuya longitud vendría a coincidir con los 44,52 cm. del codo galo, los 44,7 cms del sirio-fenicio (*vid.* ÁLVAREZ-SANCHÍS 1999:156, con toda la bibliografía). También se han intentado otras vías, como el estudio de la posible relación entre peso y marcas en los *pondera* (ARLEGUI y BALLANO 1995: 146-153); y hasta se ha sugerido que una curiosa forma de cerámica, la bandeja de borde abatido, interpretada como recogedor de grano (SANZ MÍNGUEZ y ESCUDERO 1995:284-287), pudo haber desempeñado al tiempo el papel de unidad de capacidad (PRADALES y SAGREDO 1993).

dinero, con un destacado papel en el proceso de intercambios sociales, aludiendo los autores a la dote de las mujeres, en la que se liga el valor del metal precioso y el del parentesco establecido; y podríamos acudir igualmente a las alianzas.

Aunque la propuesta de Galán y Ruiz-Gálvez es muy sugestiva, hay algunos elementos en su contra⁵⁵. Veamos, por ejemplo, el caso de las joyas MAZ38 y MAZ 8, cuyos pesos (269,38 y 268,51 gramos) son casi idénticos, correspondiendo a 7,25 unidades de peso, según sus cálculos: dos piezas absolutamente distintas —una fíbula anular y un torques de cabos trenzados— tendrían el mismo valor. El inconveniente no es insalvable, puesto que en este tipo de economías “primitivas” tales objetos serían pesados en cada ocasión; pero hay otro detalle importante, que no ha sido tenido en cuenta: la fíbula tiene aproximadamente un 50% de oro, 40% plata y mucho cobre; el torques, en cambio, tiene aproximadamente un 1,8% de oro y un 89,7% de plata⁵⁶, y son visualmente reconocibles como “de oro” y “de plata”, respectivamente. ¿Puede admitirse fácilmente un sistema metrológico de estas características?

Hay, sin embargo, otras posibilidades de enfrentarse a los tesoros. Debemos reconocer que para justificar estas ocultaciones generalmente hemos hecho hincapié en las situaciones de violencia —recurriendo a conflictos (incluido el civil), bandidaje, presión fiscal agobiante, realización de levas, etc. que habrían llevado a sus poseedores a esconder sus riquezas con el propósito de recobrarlas cuando llegasen mejores tiempos—, y tal vez hemos olvidado que en las sociedades que estudian los antropólogos existen otras formas de comportamiento, entre las cuales se halla la destrucción intencional de riqueza, la ocultación de elementos valiosos sin ánimo de recuperarlos.

En este sentido, hay que recordar una institución conocida desde antiguo, el *potlatch*, una forma de regalar y destruir riqueza como medio de aumentar el prestigio: un individuo invitaba a sus parientes, vecinos o gentes de otras comunidades a un banquete en el que el anfitrión donaba a sus invitados gran cantidad de alimentos y objetos decorados, muchos de los cuales eran quemados, de forma que su consideración social aumentaba; los invitados quedaban comprometidos a realizar otros *potlatch*, de forma que habría una obligación de corresponder a la generosidad del anfitrión. Pero recientemente se han estudiado otras formas más interesantes para nuestro propósito, como la realización de *donaciones para los dioses* en la que rivalizan distintos clanes e individuos (GREGORY 1980): esta conducta también supone una destrucción de riqueza, pero en ella no se espera devolución, y determinados objetos valiosos, ofrendados a los dioses, son retirados de la circulación definitivamente. Esta forma de sacrificio, de donación a los dioses, sería la única manera de conseguir y aumentar el prestigio a largo plazo.

55. Los autores también han tratado de argumentar en favor de su hipótesis con las marcas existentes a menudo en las joyas, que según nos sugirió la Dra. García-Bellido (DELIBES *et al.* 1993: 470) pudieran haber tenido también un carácter metrológico, pero hoy por hoy no parece viable.

56. Se trata de cifras aproximadas que hemos obtenido haciendo la media de los valores obtenidos en distintas zonas de ambas piezas (PEREA Y ROVIRA 1995).

Volviendo al terreno de la prehistoria, bajo el influjo más o menos directo de estos enfoques de la antropología económica, son cada vez más frecuentes los trabajos en los que se realiza una interpretación votiva de los tesoros, por ejemplo los de la Europa céltica (FURGER-GUNTI 1982), donde conjuntos de torques, brazaletes y monedas han sido repetidamente hallados en ríos, lagos, estanques, etc. En tierras peninsulares se ha propuesto también (ARÉVALO *et al.* 1998) que el tesoro ibérico de Salvacañete es probablemente de carácter ritual, y GARCÍA-BELLIDO y BLÁZQUEZ CERRATO (1998) lo corroboran con argumentos numismáticos, especialmente el hecho de que las monedas que acompañan a las joyas han sido claramente seleccionadas —aparentemente se hallan representadas todas las emisiones denariales republicanas acuñadas hasta el año 100 a.C., pero en realidad faltan aquellas monedas en las que no hay representaciones de caballos— y sometidas a un cuidadoso taladrado. Ello da pie a replantearnos si, en el caso concreto de los tesoros celtibéricos estaremos ante escondrijos circunstanciales de riqueza o ante ese género de donaciones a los dioses. Los estudios realizados hasta el presente, y sobre todo los datos relativos a los contextos de aparición y la coincidencia en las fechas de cierre de los conjuntos, nos llevan por el momento a mantener que se trata de ocultaciones relacionadas con episodios de inseguridad, concretamente con las guerras sertorianas o las guerras cántabras (DELIBES y ESPARZA, 1989; DELIBES *et al.* 1993; DELIBES *et al.* 1996); pero sin duda debemos estar preparados para intentar dar respuesta rigurosa a esta pregunta.

C) *Sociedades campesinas*

Siendo del máximo interés los innovadores enfoques anteriormente mencionados, no dejan de circunscribirse a la relación entre intercambio y parentesco, a las implicaciones políticas de la circulación de bienes, en definitiva a lo que se denominaría reproducción social. De ahí el atractivo de otras propuestas de más altos vuelos, pues pretenden ahondar más en el complejo edificio histórico en el que se imbrican economía y sociedad, parentesco y política, paisaje y tecnología. El impulso viene, como no podía ser de otra manera, de los territorios de la Historia Económica y la Antropología Económica, donde las contribuciones de Chayanov y Wolf, y también determinados enfoques marxistas, han desencadenado escasos pero importantes trabajos de VICENT (1991: espec. 54-63), DÍAZ DEL RÍO (1995) y, centrado ya en nuestra Edad del Hierro, el de FERNÁNDEZ-POSSE y SÁNCHEZ-PALENCIA (1998) para la zona de contacto Meseta/Noroeste. Se trata del enfoque que podría llamarse 'Estudios Campesinos' o, siendo respetuosos con la terminología chayanoviana, de la aplicación de su *teoría de la organización económica campesina*⁵⁷. En el caso de los investigadores de los castros leoneses, enfocan bajo ese prisma la rica información arqueológica obtenida, analizando la correspondencia entre castro y comunidad aldeana, entre unidades de ocupación y familias campesinas, entre autosuficiencia económica y autonomía

57. CHAYANOV 1974.

sociopolítica de cada castro; el papel más social que económico del intercambio, al que ya aludimos líneas más arriba; la organización del terrazgo, o la de la sociedad, basada más en el rango y la dignidad que en categorías estrictamente económicas; no dejan de admitir, claro está, la dificultad de problemas como el del reconocimiento, no ya de la propiedad de instrumentos y almacenes, que parece de índole familiar, sino del tipo de propiedad de la tierra o del ganado.

De situarnos en este nuevo marco interpretativo, no se trataría, desde luego, de identificar mecánicamente cualquier poblado de base esencialmente agropecuaria, como los prerromanos de la Meseta, con el modelo de Chayanov, sino de ensayar, al menos para comprobar su valor heurístico, la identificación en el registro arqueológico de los elementos que lo definen. Lo que se pretende, en última instancia, es por ejemplo no sólo documentar la existencia de actividad metalúrgica y de caracterizarla desde el punto de vista tecnológico, sino también de anticipar las preguntas que deben orientar la investigación: ¿Cuál es el modelo interpretativo que conviene a esta metalurgia? ¿el clásico de Childe —metalúrgicos con dedicación exclusiva, itinerantes, fuera de comunidad—, el igualmente consagrado de Rowlands, en el que los metalúrgicos, plenamente integrados en la comunidad, realizan esas faenas “a tiempo parcial”, o un tercero que se sugiere en el Castrelín de San Juan de Paluezas —y que podría convenir, dicho sea de paso, a los alfareros padillenses— en el que el excedente permite que tales artesanos lo sean a tiempo completo? De igual forma, y como ha planteado crudamente DÍAZ DEL RÍO (1995: 100-102 y 107), ¿no debería reconsiderarse la cuestión de la trashumancia a la luz de la teoría del campesinado?

En definitiva, como espero haber transmitido, la necesidad de avanzar en la investigación ha impuesto la apertura de numerosos frentes, desde los más tradicionales a los vanguardistas, desde los que deben volcarse en la tipología y funcionalidad de los instrumentos hasta los que pretenden adentrarse en el terreno de la dinámica histórica, pacíficos frentes a los que invito a incorporarse a los presentes.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F.J. (1997): *Área nuclear y territorios de expansión. La proyección de Cogotas I por las regiones periféricas de la Península Ibérica*, Tesis doctoral defendida en la Universidad de Valladolid, policop.
- ADAN-BAYEWITZ, D., F. ASARO y R. D. GIAUQUE (1999): «Determining pottery provenance: application of a high-precision X-ray fluorescence method and comparison with instrumental neutron activation analysis», *Archaeometry* 41 (1): 1-24.
- AGUILERA ARAGÓN, I. (1995): «El poblamiento celtibérico en el área del Moncayo», en BURILLO 1995a: 213-233.
- ALFARO ARREGUI, M. y A. MARTÍN BAÑÓN (1996): «Restos celtibéricos en el término municipal de Redueña (Madrid)», *Boletín de la Sociedad Española de Amigos de la Arqueología* 36: 91-105.
- ALFARO GINER, C. (1984): *Tejido y Cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la romanización*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXI. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y J. ÁLVAREZ-SANCHÍS (1993): «La "Sauna" de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico», *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 1: 177-253.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y G. RUIZ ZAPATERO (eds.) (1992): *Paleoetnología de la Península Ibérica* [= *Complutum* 2-3]. Madrid.
- (1993) (eds.): *Los Celtas. Hispania y Europa*. Madrid.
- ALONSO HERNÁNDEZ, P. (1995): «El territorio de explotación económica de una comunidad de la Edad del Hierro: Las Cogotas», *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo 1993)*. Santiago de Compostela: 431-436.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R. (1990): «Los 'verracos' del Valle del Amblés (Ávila): del análisis espacial a la interpretación socio-económica», *Trabajos de Prehistoria* 47: 201-233.
- (1991): «La producción doméstica», en GARCÍA CASTRO 1991: 76-77.
- (1993): «Los castros de Ávila», en ALMAGRO-GORBEA y RUIZ ZAPATERO 1993: 255-284.
- (1998): «Verracos vettones y espacios sociales: Arqueología del Paisaje en la Edad del Hierro», *Arqueología Espacial* 19-20: 609-631.
- (1999): *Los Vettones*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, I. Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R.; G. RUIZ ZAPATERO; A. LORRIO ALVARADO; J.E. BENITO-LÓPEZ y P. ALONSO HERNÁNDEZ (1998): «Las Cogotas: anatomía de un oppidum vetton», en M. MARINÉ y E. TERÉS (coords.): *Homenaje a Sonsoles Paradinas*. Ávila: 73-94.
- ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Y. (1993): «Arqueología del paisaje: modelos de ocupación y explotación de los castros del Valle de Noceda (León)», *Complutum* 4: 265-278.
- ARENAS ESTEBAN, J.A. (1992): «El alfar celtibérico de "La Rodriga", Fuentelsaz, Guadalajara», *Kalathos* 11-12: 205-232.
- (1998): *La Edad del Hierro en el extremo oriental de la Meseta. Los páramos y sierras de Molina de Aragón. Guadalajara*, Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid, policop.
- ARENAS ESTEBAN, J.A., M.L. GONZÁLEZ VÍRSEDA y J.P. MARTÍNEZ NARANJO (1995): «"El Turmielo" de Aragoncillo (Guadalajara): señales de diversificación funcional del hábitat en el periodo protoceltibérico», en BURILLO 1995a: 179-183.
- ARÉVALO GONZÁLEZ, A.; L. PRADOS TORREIRA, C. MARCOS ALONSO y A. PEREA CAVEDA (1998): «El origen votivo del tesoro de Salvacañete (Cuenca)», en C. ARANEGUI GASCO (ed.): *Actas del Congreso*

- Internacional Los Iberos Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad Ibérica*. Barcelona: 255-263.
- ARLEGUI SANCHEZ, M. y M. BALLANO SORIANO (1995): «Algunas cuestiones acerca de las llamadas pesas de telar: los “pondera” de Numancia, “Cuesta del Moro” y “Las Quintanas” (Langa de Duero) y “Castiliterreño” (Izana)», en BURILLO 1995a: 141-155.
- ARLEGUI SÁNCHEZ, M., A. SANZ ARAGONÉS y M.J. SANZ LUCAS (1996): «Dos instalaciones alfareras en la provincia de Soria: “Royo Albar” en Quintana Redonda y “La boca del Río Chico” en Ucero», *Numantia* 6: 45-60.
- BAENA, J., C. BLASCO y F. QUESADA (eds.) (1997): *Los S.I.G. y el análisis espacial en Arqueología*. Madrid.
- BAENA PREYSLER J., C. BLASCO BOSQUED y V. RECUERO (1995): «Estudio del Bronce Final-Hierro I en el bajo Manzanares apoyados en los S.I.G.», *Aplicaciones Informáticas en Arqueología: Teoría y Sistemas (Actas del II Coloquio Internacional de Arqueología e Informática)*, Bilbao: 430-439.
- BAQUEDANO BELTRÁN, I. (1996): «Elementos de filiación mediterránea en Ávila durante la I y II Edad del Hierro», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 36: 73-90.
- BARRIL VICENTE, M. (1992): «Instrumentos de hierro procedentes de yacimientos celtibéricos de la provincia de Soria en el Museo Arqueológico Nacional», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* X: 5-24.
- (1993): «¿Tumba de labrador? celtibérico procedente de Turmiel (Guadalajara) en el Museo Arqueológico Nacional», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* XI (1-2): 5-16.
- BARRIO MARTÍN, J. (1990): «*La Segunda Edad del Hierro en Segovia*», tesis doctoral defendida en la Universidad Autónoma de Madrid, policop.
- (1993): «Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)», en SANZ, ESCUDERO y ROMERO 1993: 173-212.
- BARTH, F. (ed.) (1969). *Ethnic Groups and boundaries*. London [trad. esp. *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México 1976].
- BELLVER GARRIDO, J.A. (1995): «La necrópolis vaccea de “Las Ruedas”, Padilla de Duero (Valladolid): una aproximación arqueozoológica», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995: 515-527.
- BIENES CALVO, J.J. y J.A. GARCIA SERRANO (1995): «Avance a las primeras campañas de excavación en La Oruña (Vera de Moncayo - Zaragoza)», en BURILLO 1995a: 239-244.
- BLANCO GARCÍA, J.F. (1990): «Excavación en la Avenida de la Constitución», *Numantia* 4: 159-174.
- (1998): «Las producciones cerámicas del alfar vacceo de Cauca (Coca, Segovia)», *Madridrer Mitteilungen* 39: 121-141.
- BLASCO, M.C. «Etnogénesis de la Meseta Sur», en ALMAGRO-GORBEA y RUIZ ZAPATERO 1992: 281-297.
- BLASCO BOSQUED, M.C. y M.A. ALONSO SÁNCHEZ (1985): *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama, Madrid*. Excavaciones Arqueológicas en España, 143. Madrid.
- BLASCO BOSQUED, M.C. y M. A. ALONSO SÁNCHEZ (1986-87): «Paralelos arquitectónicos entre la Meseta Norte y el Alto Tajo durante la II Edad del Hierro», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, (= *Zephyrus*, XXXIX-XL): 159-168.
- BLASCO, C., J. BAENA, V. RECUERO, I. MONTERO, J. BARRIO y V. ANTONA (1995): «El castro de la Dehesa de la Oliva y su entorno geográfico», en BURILLO 1995: 203-211.
- BLÁZQUEZ, J.M.^a. (1968): «Economía de los pueblos prerromanos de área no ibérica hasta la época de Augusto», en M. TARRADELL (dir.): *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*, Barcelona: 191-269.

- BURILLO MOZOTA, F. (1983): *El poblado de época ibérica y yacimiento medieval: "Los Castellares" (Herrera de los Navarros, Zaragoza). I.* Zaragoza.
- (1993): «Aproximación a la arqueología de los celtíberos», en ALMAGRO-GORBEA y RUIZ ZAPATERO 1993: 223-254.
- coord. (1995a): *Poblamiento Celtibérico (III Simposio sobre los Celtíberos)*. Zaragoza.
- (1995b): «Conclusiones y comentarios», en BURILLO 1995a: 515-528.
- (1997): «La Segunda Edad del Hierro», *Crónica del Aragón Antiguo: de la Prehistoria ala Alta Edad Media (1987-1993)* [= *Caesaraugusta*, 72.I:], Zaragoza: 217-309.
- (1998): *Los celtíberos. Etnias y estados*. Barcelona.
- BURILLO MOZOTA, F y M.L. DE SUS GIMÉNEZ (1988): «La casa 2 de Herrera», en BURILLO, PÉREZ CASAS y DE SUS 1988: 62-67.
- BURILLO MOZOTA, F., J.A PÉREZ CASAS y M.L. DE SUS GIMÉNEZ, eds. (1988): *Celtíberos*. Zaragoza.
- CABRAL, J.M.P.; M.A. GOUVEIA; A.M. ALARCÃO y J. ALARCÃO (198): «Neutron activation analysis of fine grey pottery from Conimbriga, Santa Olaia and Tavadrede, Portugal», *Journal of Archaeological Science*, 10: 61-70.
- CALONGE CANO, G. (1995) «Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995: 529-539.
- CASTAÑOS UGARTE, P.M^a. (1989): «Estudio de los restos óseos del castro de Ubierna (Burgos)». *Kobie. Paleoantropología* 18: 87-97.
- CASTRO CUREL, Z. (1980): «Fusayolas Ibéricas, antecedentes y empleo», *Cypsela* III: 127-146.
- (1986): «Avances de estudios cuantitativos y localización de pondera en asentamientos peninsulares», *Arqueología Espacial* 9: 169-186.
- CERDEÑO, M.L. y R. GARCÍA HUERTA (1992): *El Castro de La Coronilla (Chera, Guadalajara). Campañas 1980-86*. Excavaciones Arqueológicas en España, 163. Madrid
- CERDEÑO, M.L., R. GARCÍA HUERTA y J. ARENAS (1995): «El poblamiento celtibérico en la región del alto Jalón y Alto Tajo», en BURILLO 1995: 157-178.
- CERDEÑO, M.L., R. GARCÍA HUERTA, I. BAQUEDANO y E. CABANES (1996): «Contactos interior-zonas costeras durante la Edad del Hierro: Los focos del Noreste y Suroeste meseteños», en QUEROL y CHAPA 1996: 287-312.
- CERDEÑO SERRANO, M.L. y J.L. PÉREZ DE YNESTROSA (1992): «La explotación de sal en época celtibérica en la región de Sigüenza (España)», *Actes du Colloque International du Sel (Salies-de-Béarn, les 10-11 et 12 septembre 1992)*, Salies-de-Béarn: 167-175.
- (1993): *La Necrópolis Celtibérica de Sigüenza: revisión del conjunto*. Monografías Arqueológicas del S.A.E.T., 6. Teruel.
- CORRAL CAÑÓN, M. : «Modelos de asentamiento en la sierra norte de Soria», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, (= *Zephyrus* XXXIX-XL 347-351).
- (1987): «Aspectos socioeconómicos del poblamiento durante el primer milenio A.C. en la zona media de Guadalajara», *Wad-al-Hayara*, 14: 35-59.
- CUBERO CORPAS, C. (1995): «Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995: 371-394.
- CHAYANOV, A.V. (1974): *La organización de la unidad económica campesina* (trad. esp.). Buenos Aires.
- DAVIDSON, I. (1980): «Transhumance, Spain and ethnoarchaeology», *Antiquity* 54 (2): 144-147.
- DE SUS GIMÉNEZ, M.L. (1986): «Fusayolas del poblado celtibérico de Los Castellares (Herrera de los Navarros, Zaragoza). I. Tipología y forma», *Museo de Zaragoza. Boletín* 5: 183-208.

- DELIBES DE CASTRO, G. (coord.) (1998): *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península ibérica*. Studia archaeologica, 88, Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G. y A. ESPARZA ARROYO (1989): «Los tesoros prerromanos de la Meseta norte y la orfebrería celtibérica», *El oro en la España prerromana*, Madrid: 108-129.
- DELIBES DE CASTRO, G.; A. ESPARZA ARROYO, R. MARTÍN VALLS y C. SANZ MÍNGUEZ (1993). «Tesoros celtibéricos de Padilla de Duero», en SANZ, ESCUDERO y ROMERO 1993: 397-470.
- DELIBES, G., F. ROMERO y A. MORALES, (eds.) (1995a): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*, Valladolid.
- DELIBES DE CASTRO, G., F. ROMERO CARNICERO, C. SANZ MÍNGUEZ, Z. ESCUDERO NAVARRO y L.C. SAN MIGUEL MATÉ (1995b): «Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995a: 49-146.
- DELIBES DE CASTRO, G., F. ROMERO CARNICERO, Z. ESCUDERO NAVARRO, C. SANZ MINGUEZ, L.C. SAN MIGUEL MATÉ, B. MARISCAL ÁLVAREZ, C. CUBERO CORPAS, P. UZQUIANO OLLERO, A. MORALES MUÑIZ, C. LIESAU VON LETTOW-VORBECK y G. CALONGE CANO (1995c): «El medio ambiente durante el primer milenio a.C. en el valle medio del Duero. Consideraciones finales», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995a: 543-582.
- DELIBES DE CASTRO, G., A. ESPARZA ARROYO y R. MARTÍN VALLS (1996): *Los tesoros prerromanos de Arrabalde (Zamora) y la joyería celtibérica*. Zamora.
- DELIBES DE CASTRO, G., A. VIÑÉ ESCARTÍN y M. SALVADOR VELASCO (1998): «Santioste, una factoría salinera de los inicios de la edad del Bronce en Otero de Sariegos (Zamora)», en DELIBES 1998: 155-198.
- DÍAZ DEL RÍO ESPAÑOL, P. (1995): «Campesinado y gestión pluriactiva del ecosistema: un marco teórico para el análisis del III y II milenios a.C. en la Meseta peninsular», *Trabajos de Prehistoria* 52 (2): 99-109.
- DÍAZ-ANDREU GARCÍA, M. y M.D. SANDOVAL LEÓN (1995): «El poblamiento en la Alcarria de Cuenca durante la Segunda Edad del Hierro», en BURILLO 1995: 4-454.
- DOMERGUE, C. (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité Romaine*. Roma.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1986-87): «Problemas en torno a los orígenes históricos del pueblo vacceo», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta (=Zephyrus, XXXIX-XL): 473-478*.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. (1990): «Las urnas de "orejetas perforadas" en el mundo celtibérico», *Numantia* III: 139-154.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. y A. BALADO PACHÓN (1990): «Sobre los llamados silbatos celtibéricos. Una propuesta de interpretación», *Trabajos de Prehistoria* 47: 235-250.
- ESCUDERO NAVARRO, Z. y C. SANZ MINGUEZ (1993): «Un centro alfarero de época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)», en ROMERO SANZ y ESCUDERO 1993: 471-492.
- ESPARZA ARROYO, A. (1990): «La Edad del Hierro en Zamora», *Primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo II. *Prehistoria e Historia Antigua*, Zamora: 101-126.
- (1995): «La Primera Edad del Hierro», en *Historia de Zamora. Tomo I. De los orígenes al final del Medievo*, Zamora: 102-149.
- ESPARZA ARROYO, A., F. GONZÁLEZ GÓMEZ y O.R. LUCIO MARTÍNEZ (1996): «El Inventario Arqueológico de la Provincia de Zamora (1991-1995): avance de resultados», en R. BALBÍN BEHRMANN y P. BUENO RODRÍGUEZ (eds.), *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo V, Zamora. (en prensa)*.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid.

- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D., I. MONTERO, F.J. SÁNCHEZ-PALENCIA y S. ROVIRA (1993): «Espacio y metalurgia en la cultura castreña: la Zona Arqueológica de Las Médulas». *Trabajos de Prehistoria* 50: 197-220.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D. y F.J. SÁNCHEZ-PALENCIA (1988): *La Corona y el Castro de Corporales. II. Campaña de 1983 y Prospecciones en la Cabrera y la Valdería (León)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 153. Madrid.
- (1992): «Organización y estructura de los asentamientos castreños en la Asturias Interior», en J.M. BÁEZ MEZQUITA (coord.): *Arquitectura Popular de Castilla y León. Bases para un estudio*. Valladolid: 153-174.
- (1996): «Consideraciones sobre la estructura social y el territorio en la Asturias prerromana y romana», en C. FERNÁNDEZ OCHOA (coord.): *Los Finisterres Atlánticos en la Antigüedad. Época prerromana y romana*. Madrid: 171-180.
- (1998): «Las comunidades campesinas en la cultura castreña», *Trabajos de Prehistoria* 55 (2): 127-150.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.D.; F.J. SÁNCHEZ-PALENCIA; J. FERNÁNDEZ MANZANO y A. OREJAS. (1994): «Estructura social y territorio en la Cultura Castreña». *1º Congreso de Arqueología Peninsular. Actas IV (=Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXXIV, 3-4)*, Porto: 191-212.
- FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1984): «La submeseta norte y sus relaciones culturales con la submeseta sur», *Al-Basit*, 10(15): 157-172.
- FURGER-GUNTI, A. (1982): «Der "Goldfund von Saint-Louis" bei Basel, und ähnliche keltische Schatzfunde», *Zeitschrift für Schweizerische Archäologie und Kunstgeschichte* 39: 1-47.
- GALÁN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce final del Suroeste de la Península Ibérica*, Complutum Extra, 3. Madrid:.
- GALÁN DOMINGO, E. y M. RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO (1996): «Divisa, dinero y moneda. Aproximación al estudio de los patrones metroológicos prehistóricos peninsulares», en QUEROL y CHAPA 1996: 151-165.
- GALVÁN GARCÍA, J. y V. GALVÁN MARTÍNEZ (1988): «Estudio mineralógico de cerámicas y arcillas procedentes de La Corona y El Castro de Corporales», en FERNÁNDEZ-POSSE y SÁNCHEZ-PALENCIA 1988: 249-250.
- GALVÁN, V., M. D. FERNÁNDEZ-POSSE y F.J. SÁNCHEZ-PALENCIA (1993): «Tipos cerámicos y geoquímica: el Castrelín de San Juan de Paluezas (León)», *Archivo Español de Arqueología* 66: 248-257.
- GARCÍA SERRANO, J.A. (1994): «La prehistoria de la Comarca del Moncayo», *Turiso* XI: 9-24.
- GARCÍA CASTRO, J.A. (dir.) (1991): *Los Celtas en la Península Ibérica*. Madrid
- GARCÍA HUERTA, M.R. (1989): *La Edad del Hierro en la Meseta Oriental: el Alto Jalón y el Alto Tajo*, Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid, Policop.
- GARCÍA HERAS, M. (1994): «El yacimiento celtibérico de Izana (Soria). Un modelo de producción cerámica», *Zephyrus* XLVII: 133-155.
- GARCÍA HERAS, M. y A.C. LÓPEZ CORRAL (1995): «Aproximación al poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en el valle del Cidacos», en BURILLO 1995: 329-335.
- GARCÍA-BELLIDO, M.^a P (1985): «Del origen de la moneda», *Zephyrus* XXXVII-XXXVIII: 397-409.
- GARCÍA-BELLIDO, M.P. y C. BLÁZQUEZ CERRATO (1998): «Las monedas de Salvacañete (Cuenca) y su significado en el tesoro», *Archivo Español de Arqueología* 71: 249-255.
- GILMAN GUILLÉN, A. (1993): «Cambio cultural y contacto en la prehistoria de la Europa mediterránea», *Trabajos de Prehistoria* 50: 103-111.
- GODELIER, M. (comp.) (1974): *Un domaine contesté: l'anthropologie économique*. Paris [trad. esp. *Antropología y Economía*, Barcelona, 1976].

- GÓMEZ RAMOS, P. (1996a): *La tecnología de fundición de metales en la pre y protohistoria de la península ibérica*, Tesis doctoral defendida en la Universidad Autónoma de Madrid, ed. microficha.
- (1996b): «Hornos de reducción de cobre y bronce en la Pre y Protohistoria de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria* 53 (1): 127-143.
- (1996c): «Análisis de escorias férreas: nuevas aportaciones para el conocimiento de la siderurgia prerromana en España», *Trabajos de Prehistoria* 53 (2): 145-155.
- GÓMEZ-PANTOJA, J. (1995a): «Pastores y trashumantes de Hispania», en BURILLO (1995): 495-505.
- (1995b): «Buscando a los pastores», *1º Congreso de Arqueología Peninsular. Actas III (=Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXXIII,3-4)*, 445-459.
- GONZÁLEZ-CONDE, M.P., «Los pueblos prerromanos de la Meseta Sur», en ALMAGRO-GORBEA y RUIZ ZAPATERO 1992: 299-309.
- GREGORY, C.A. (1980): «Gifts to men and gifts to god: gift exchange and capital accumulation in contemporary Papua», *Man (n.s.)* 15: 626-652.
- HEREDERO GARCÍA, R. (1993): «Casas circulares y rectangulares de época vaccea en el yacimiento del Cerro del Castillo (Montealegre)», en ROMERO, SANZ y ESCUDERO 1993: 279-302.
- (1995): «Notas sobre la Edad del Hierro en el yacimiento de El Cerro del Castillo (Montealegre, Valladolid)», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995: 247-269.
- HERNÁNDEZ VERA, J.A. y J.F. MURILLO RAMOS (1985): «Aproximación al estudio de la siderurgia celtibérica del Moncayo», *Caesaraugusta* 61-62: 177-190.
- HORNERO DEL CASTILLO, E. (1990): «La cerámica gris en la Península Ibérica. El Cerro de los Santos, un santuario ibérico con cerámica gris», *Al-Basit* 26: 171-205.
- JIMENO MARTÍNEZ, A.; G.J. TRANCHO; F. MORALES; B. ROBLEDO y I. LÓPEZ-BUEIS (1996): «Ritual y dieta alimenticia: la necrópolis celtibérica de Numancia», *Nvmantia* 6: 31-44.
- JIMENO MARTINEZ, A. y M. ARLEGUI SÁNCHEZ (1995): «El poblamiento en el alto Duero», en BURILLO 1995: 93-126.
- JUAN TOVAR, L.C. y A. BERMÚDEZ (1991): «Talleres cerámicos en la Prehistoria y Protohistoria de la Península Ibérica: introducción a su estudio», *Rivista di Archeologia* 15: 116-124.
- LIESAU VON LETTOW-VORBECK, C. (1988): «Estudio de la industria de asta de ciervo trabajado en asta de El Soto de Medinilla», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad Autónoma de Madrid* 15: 183-213.
- (1994): *Contribución al estudio arqueofaunístico durante la Edad del Hierro en la Submeseta Norte de la Península Ibérica*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- LOGEMANN, E.; G. KALKBRENNER; B. KRÜTZFELDT y W. SCHÜLE (1995a): «Contenido de mercurio en huesos de animales domésticos y trashumancia», *1º Congreso de Arqueología Peninsular. Porto 1993. Actas VI (=Trabalhos de Antropologia e Etnologia, XXXV, 2)*, Porto: 457-470.
- (1995b): «Mercury in Bones of Domestic Animals: Evidence of prehistoric trashumance», en V. SPIEHLER (ed.), *Proceedings of the 1994 Joint TIAF/SOFT International Meeting. Tampa, Newport Beach*: 163-171.
- LORRIO, A.J. (1997): *Los Celtíberos*, Complutum Extra, 7. Alicante-Madrid.
- MADROÑERO DE LA CAL, A. (1994): «Estudio de los restos metalúrgicos del yacimiento arqueológico de Santa Ana (Entrena, La Rioja)», *Berceo* 126: 71-88.
- MADROÑERO DE LA CAL, A.; P. HILARIO PASCUAL; K. KUBOTA; A. GONZALEZ BLANCO y M.N.I. AGREDA SUESKUN (1985): «Interpretación inicial de los restos de una Estación Siderúrgica aparecidos en el entorno del Santuario de Nra. Sra. de la Valvanera (Rioja)», *Técnica Metalúrgica* (Julio-Agosto): 20-33.

- MADROÑERO DE LA CAL, A.; A. MARTÍN COSTEA; P. LÓPEZ SERRANO; F. GARCÍA CARCEDO y M. ARLEGUI SÁNCHEZ (1992): «Estudio arqueometalúrgico de útiles y restos minerometalúrgicos de hierro del yacimiento celtibérico de “Castilmontán” (Somaén, Soria)», *Museo de Zaragoza. Boletín* 11: 47-88.
- MAIA E COSTA, H. (1966): «Nota sobre as escorias encontradas no castro de Carvalhelhos», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* XX: 173-180.
- MARCOS CONTRERAS, G. (1991): «Producciones de barniz rojo procedentes de Coca (Segovia)». *BSAA* LVII: 87-91.
- MARISCAL, B., C. CUBERO y P. UZQUIANO (1995): «Paisaje y recursos del valle del Duero durante el primer milenio antes de Cristo a través de la Paleoetnobotánica», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995: 417-454.
- MARTÍN COSTEA, A., A. MADROÑERO DE LA CAL y V. LÓPEZ SERRANO (1992): «Arqueometalurgia del poblado celtibérico de “Los Castellares”, de Herrera de los Navarros (Zaragoza)», *Kalathos* 11-12: 233-266.
- MARTÍN BRAVO, A.M^a. (1991): «Aproximación a la economía de los castros del Norte de Extremadura», *Gerión. Anejos* III: 169-180.
- MARTÍN VALLS, R. (1998): «La Edad del Hierro», en J.L. MARTÍN (dir.): *Historia de Salamanca. I. Prehistoria y Edad Antigua*, Salamanca: 123-217.
- MARTÍN VALLS, R. y G. DELIBES DE CASTRO (1978): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V)». *BSAA* XLIV: 321-346.
- MARTÍN VALLS, R. y A. ESPARZA ARROYO: «Génesis y evolución de la cultura celtibérica», en ALMAGRO-GORBEA y RUIZ ZAPATERO 1992: 259-279.
- MAUSS, M. (1923-24): «Essai sur le Don. Forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques». *L'Année Sociologique* [trad. esp en *Sociología y Antropología*, Madrid, 1971].
- MEDEROS MARTÍN, A. (1995): «¿Retorno al pasado? Comercio o difusión de los Sistemas Mundiales Antiguos», *Trabajos de Prehistoria* 52 (2): 131-141.
- MOLERO, G., P. BREA y V. BUSTOS. «Estudio de la fauna del yacimiento de La Coronilla (Chera, Guadalajara). Campañas 1980-1985», en CERDEÑO y GARCÍA HUERTA 1992: 103-124.
- MOLERO GUTIÉRREZ, G. (1992): «Estudio final de la fauna de “La Coronilla” (Chera, Guadalajara) (excepto campaña 1986)», en CERDEÑO y GARCÍA HUERTA 1992: 125-130.
- MOLINA VIDAL, J. (1997): *La dinámica comercial romana entre Italia e Hispania Citerior*. Alicante.
- MORALES MUÑIZ, A. y C. LIESAU VON LETTOW-VORBECK (1995): «Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995: 455-514.
- OREJAS, A. (1995): «Arqueología del paisaje: de la reflexión a la planificación», *Archivo Español de Arqueología* 68: 215-224.
- (1996): *Estructura social y territorio. El impacto romano en la cuenca nordoccidental del Duero*, Anejos de Archivo Español de Arqueología, XV. Madrid.
- (1996): «Territorio, análisis territorial y Arqueología del Paisaje», *Studia Historica. Historia Antigua* 13-14: 61-68.
- ORTIZ ROMERO, P. y A. RODRÍGUEZ DÍAZ (1998): «Culturas indígenas y romanización en Extremadura: castro, oppida y recintos ciclópeos», en A. RODRÍGUEZ DÍAZ (coord): *Extremadura Protobística: Paleoambiente, Economía y Poblamiento*, Cáceres: 247-278.
- PASCUAL DÍEZ, A.C. (1991): *Carta Arqueológica Soria. Zona Centro*. Soria.

- (1992): «Notas sobre el poblamiento celtibérico de la zona de Quintana Redonda», *II Symposium de Arqueología Soriana. Homenaje a D. Teógenes Ortego y Frías. Soria 1989*, Soria: 515-526.
- PASTOR VÉLEZ, B. (1994): «El trabajo del marfil durante el Bronce Final y la Edad del Hierro en la mitad norte peninsular», *1º Congreso de Arqueología Peninsular. Actas IV (=Trabalhos de Antropologia e Etnologia, 34,1-2)*: 191-214.
- PEREA, A. y S. ROVIRA (1995): «The gold from Arrabalde», en G. MORTEANI y J.P. NORTHOVER (eds.): *Prehistoric Gold in Europe. Mines, Metallurgy and Manufacture*, Dordrecht/Boston/London: 471-490.
- PEREA CAVEDA, A. y F.J. SÁNCHEZ-PALENCIA (1995): *Arqueología del oro astur. Orfebrería y minería*. Oviedo.
- PEREIRA MENAUT, G. (1992): «Aproximación crítica al problema de la etnogénesis: la experiencia de Callaecia», en ALMAGRO-GORBEA y RUIZ ZAPATERO 1992: 35-43.
- PÉREZ CASAS, J.N. (1988): «La economía», en BURILLO, PÉREZ CASAS y DE SUS 1988: 139-144.
- PRADALES, D. y L. SAGREDO (1993): «Los orígenes del poblamiento castreño en Deobrigula», *Hispania Antiqua* XVII: 119-141.
- QUEROL, M.A. y T. CHAPA (eds.) (1996): *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda, II*, [= Complutum Extra, 6-II]. Madrid.
- QUESADA SANZ, F. (1993): «Soliferea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria* 50: 159-183.
- RECUERO, V., C. BLASCO y BAENA PREYSLER J. (1994): «Estudio espacial del Bronce Final-Hierro I en el bajo Manzanares apoyado en los SIG», *Arqueología Espacial* 15: 51-65.
- RENFREW, C. I. (1986). «Introduction: peer polity interaction and socio-political change», en C. RENFREW y J.F. CHERRY (eds.): *Peer polity interaction and sociopolitical change*. Cambridge: 1-18.
- ROMERO CARNICERO, F.; C. SANZ MINGUEZ y Z. ESCUDERO NAVARRO (eds.) (1993): *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la cuenca media del Duero*. Valladolid.
- ROMERO CARNICERO; M.V., F. ROMERO CARNICERO y G.J. MARCOS CONTRERAS (1993): «Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica» en ROMERO, SANZ y ESCUDERO 1993: 223-261.
- ROVIRA LLORENS, S. (1996): «Estudio Arqueometalúrgico de Orfebrería procedente de El Raso de Candeleda (Ávila)», *Nvmantia* 6: 29-30.
- ROVIRA LLORENS, S., P. GÓMEZ RAMOS e I. MONTERO RUIZ (1996): «Los broncees estañados de la Edad del Hierro: estudio tecnológico», *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* 14 (1-2): 31-37.
- ROVIRA LLORENS, S. y M. SANZ NAJERA (1986-87): «Aproximación al estudio de la técnica de elaboración de los broches de cinturón del área cultural Miraveche-Monte Bernorio», *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*, (= *Zephyrus*, XXXIX-XL), 353-363.
- RUBIO CARRASCO; P., M. SALVADOR VELASCO; A.I. VIÑE ESCARTÍN; A.M. MARTÍN ARIJA y L. IGLESIAS DEL CASTILLO (1991): «Excavación arqueológica en el yacimiento celtibérico de "La Baltrasa" (Toro, Zamora)», *Anuario 1991. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*: 209-223.
- RUIZ ZAPATERO, G. y J.R. ÁLVAREZ-SANCHÍS (1995): «Las Cogotas: Oppida and the Roots of Urbanism in the Spanish Meseta», en B. CUNLIFFE and S.J. KEAY (eds.): *Social complexity and the Development of Towns in Iberia: from the Copper Age to the second century AD*, Proceedings of the British Academy, 86, London: 209-236.
- (1999): «Ulaca. La "Pompeya" vettona», *Revista de Arqueología* 216:36-47.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1995): «El substrato de la Celtiberia Citerior. el problema de las invasiones», en BURILLO 1995: 25-40.

- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1991): «La economía celtibérica», en GARCÍA CASTRO 1991: 72-73.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. y E. GALÁN DOMINGO (1991): «Las estelas del suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales», *Trabajos de Prehistoria* 48: 257-273.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en la Cuenca media del Duero (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- (1993): «Aspectos industriales de la producción cerámica en época celtibérica. Los dermatoglifos» en ROMERO, SANZ y ESCUDERO 1993: 493-506.
- (1994): «Apuntes sobre la geografía poblacional vaccea», *BSAA* LX: 139-152.
- (1997): «Buscando a los Vacceos, en el Iberespacio», *Kalathos* 16: 45-71.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D.; L.C. SAN MIGUEL MATÉ; J. BARRIO MARTÍN y J. de CELIS SÁNCHEZ (1995): «El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero», en BURILLO 1995: 337-367.
- SALINAS DE FRÍAS, M. (1989): «Sobre las formas de propiedad comunal en la cuenca del Duero en época prerromana», *Veleia* 6: 103-110.
- (1997): «En torno a viejas cuestiones: guerra, trashumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana»: *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana (VII Coloquio sobre Lenguas y Culturas Paleohispánicas, Zaragoza 1997)*, Zaragoza-Salamanca: 281-293.
- SAN MIGUEL MATÉ, L.C. (1989): «Aproximación a la territorialidad y la frontera en el occidente vacceo»: *Arqueología Espacial* 13: 89-110.
- (1995): «Civitas y secundarización de la producción: ¿las dos claves de interpretación del modelo de poblamiento vacceo?», en BURILLO 1995: 373-380.
- (1993): «El poblamiento de la Edad del Hierro al occidente del valle medio del Duero», en ROMERO, SANZ y ESCUDERO 1993: 21-65.
- SAN MIGUEL MATÉ, L.C., J.A. ARRANZ MÍNGUEZ y A. GÓMEZ PÉREZ (1995): «Novedades urbanísticas en habitats vacceos», en BURILLO 1995: 381-387.
- SÁNCHEZ, B. y E. CERDEÑO (1992): «La fauna del yacimiento de la La Coronilla (Molina de Aragón, Guadalajara)», en CERDEÑO y GARCÍA HUERTA 1992: 131-136.
- SÁNCHEZ MORENO, E. (1996): «El caballo entre los pueblos prerromanos de la Meseta occidental», *Studia historica. Historia Antigua* 13-14: 207-229.
- (1998): «De ganados, movimientos y contactos. Revisando la cuestión trashumante en la protohistoria hispana: la meseta occidental», *Studia historica. Historia Antigua* 16: 53-84.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. (1983): «La explotación prerromana del oro del Noroeste de la Península Ibérica», *Boletín Auriense* 13: 31-67.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. y M.D. FERNÁNDEZ-POSSE (1998): «El beneficio del oro por las comunidades del noroeste peninsular», en DELIBES 1998: 227-246
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J.; M.D. FERNÁNDEZ-POSSE; J. FERNÁNDEZ MANZANO y A. OREJAS (1996): *La zona arqueológica de Las Médulas*. [Valladolid].
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. y L.C. PÉREZ GARCÍA (1983): «Las explotaciones auríferas y la ocupación romana en el Noroeste de la Península Ibérica», *II Seminario de Arqueología del Noroeste Peninsular*, Madrid: 227-246.
- SÁNCHEZ-CORRIENDO JAÉN, J. (1997): «¿Bandidos lusitanos o pastores trashumantes? Apuntes para el estudio de la trashumancia en Hispania», *Hispania Antiqua* XXI: 69-72.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1998): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas. Padilla de Duero (Valladolid)*,. Memorias. Arqueología en Castilla y León, 6. Valladolid.
- SARABIA HERRERO, F.J. (1995): *Arqueometalurgia prerromana. Los bronzes de la necrópolis vaccea de Las Ruedas en Padilla de Duero*, Tesis doctoral defendida en la Universidad de Valladolid, policop.

- SIERRA VIGIL, J.M. y L.C. SAN MIGUEL MATÉ (1995): «Las cañadas como medios de comunicación entre los asentamientos vacceos», en BURILLO 1995: 389-398.
- TARACENA AGUIRRE, B. (1929): *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*. Memorias de la JSEA, 103. Madrid:
- URBINA, D.; C. URQUIJO; A. SÁNCHEZ y G. ORTIZ (1994): «Arqueología y yacimientos minerales en el occidente de los Montes de Toledo», *Zephyrus* XLVII: 257-272.
- UZQUIANO OLLERO, P. (1995): «El valle del Duero en la Edad del Hierro: el aporte de la Antracología», en DELIBES, ROMERO y MORALES 1995, 395-416.
- VALIENTE CÁNOVAS, S. (1987): «La cultura de la II Edad del Hierro», en *130 años de Arqueología Madrileña*, 121-133. Madrid.
- VICENT GARCÍA, J.M. (1991): «Fundamentos teórico-metodológicos para un programa de investigación arqueo-geográfica», en P. LÓPEZ GARCÍA (ed.): *El cambio cultural del IV al II milenios a.C. en la Comarca Noroeste de Murcia*, Madrid: 31-117.
- P.S.: En prensa este artículo, ha aparecido una obra de enorme interés acerca del mismo tema. BURILLO MOZOTA, F. (coord.): *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía*. Zaragoza [Institución Fernando el Católico] 1999.